

REVISTA

PRISMĀ

LITERATURA JUVENIL Y FANTÁSTICA



NÚM. 0 NOVIEMBRE 2021





CONTENIDO

5

EDITORIAL

8

ORLA

21

MORGANA DE HUX

32

TITANOMAQUIA,
SIGLO XXI

45

ALGO BONITO

52

EL NO DRAGÓN
D'HARAS

67

LA ABUELA

74

ENTREVISTA



REVISTA PRISMA

EDITORIAL

CONSEJO EDITORIAL MARLI BROSGEN

PRISMĀ, MÁS ALLÁ DE LA FANTASÍA Y LA FICCIÓN

UNA REVISTA QUE PRETENDE
SER EL ALTAVOZ DE LOS
ESCRITORES NOVELES

Hace un año, durante una de las más graves pandemias que ha atravesado el mundo, cuando se ponía en relieve la gran necesidad de contacto y solaz de los seres humanos, un grupo amplio de entidades sociales decidimos que era el momento de crear un puente estable entre los mundos de la cultura (en concreto, del libro y la edición) y lo social. Porque entendemos que el libro es un método de contacto indirecto entre mentes y almas, un acompañamiento y un modo de difundir mensajes relevantes.

Así nació una editorial, Marli Brosgen, que tiene hermanada una fundación para servir precisamente para esa tarea y que convierte la acción editora en una vía para garantizar una mejora de los derechos de todos los espacios que aportan valor añadido a la cadena editorial y que servirá para ayudar al sector en su conjunto.

Junto con esta editorial, nacieron varios sellos, siendo uno de nuestros espacios de preferencia el de la fantasía y la ciencia ficción, así como la narrativa juvenil, que cuenta desde hace varios meses, ya en este 2021, con su propia colección (Milner).

Pero ¿qué hacemos un montón de ONG de salud mental, juventud, migrantes, mujeres, apoyo al colectivo LGTBI o personas con capacidades diversas montando una editorial y ahora una revista? Lo que venimos haciendo desde que nos constituimos: ayudar y ser útiles.

Ayudar, porque todo esto empezó con la caída en picado y posterior desaparición de pequeñas editoriales en diversos puntos de todo el Estado que eran más que útiles, imprescindibles, para conseguir añadir valores, entender estrategias conjuntas y otra serie de actuaciones de enorme importancia para que determinados temas estuvieran presentes en el panorama editorial, vendieran más o menos.

Admitamos una cosa: una editorial no deja de ser un regulador, una suerte de mando a distancia que sube o baja el volumen sobre determinados temas, dando o no oportunidades. ¿Es eso malo? Evidentemente, no. ¿Las editoriales se ciñen a publicar lo que vende?

Claro, son empresas que tienen que mantener una plantilla y conseguir salir adelante, lo cual es, tras este primer año de trabajo, toda una hazaña que cuenta con nuestro total reconocimiento. Pero desde lo social no podemos permitir que una eventual, y cada vez más cercana crisis económica, provoque otro empobrecimiento y reduzca el volumen de determinados temas y voces que no pueden desaparecer. Sencillamente, desde lo social no nos lo podemos permitir.

El tipo de sociedad que somos, y que seremos, dependerá siempre de cómo y con qué se rodee a la juventud durante sus primeras etapas, pero también de con qué elementos conseguimos que se sientan identificados no solo los sueños de nuestra juventud, sino también las esperanzas de quienes día a día saben lo que cuesta levantarse con un horizonte de precariedad, responsabilidades que parece que no acaban nunca y empleos que sabemos que solo permiten sobrevivir.

¿Es la literatura un placebo? Para nada. ¿Algo para hacer que olvidemos que estamos rodeados de cosas que no nos gustan? Tampoco. La literatura, el libro, tiene que ser lo que siempre ha sido: lo que cada uno quiera que sea, porque de eso va todo esto.

Pero, dentro de esa enorme libertad y amplitud de miras, lo que no podemos permitir es que la lista de platos del menú editorial en castellano, y otras lenguas cooficiales, quede decidida por quienes solo tienen la opción de mirar sus márgenes de beneficio y la cuenta de pérdidas y ganancias. Porque, entonces, no solo nos empobrecemos, sino que achicamos enormemente un universo que, por definición, necesita ser tan amplio como sea posible.

Dicho esto, ¿por qué una editorial como esta crea una revista específica para el género fantástico y la ciencia ficción, así como para la narrativa juvenil? Pues por lo mismo que hemos creado una editorial que quiere ser diferente: porque creemos que, contrariamente a lo que otras editoriales más generalistas consideran, lo fantástico es, junto con la ciencia ficción y otros géneros, lo que más puede hacer posible que tanto jóvenes como quienes ya no lo somos tengamos una ventana de reflexión que quizá, desde lo distópico a lo totalmente alternativo, nos haga mejores, más humanos y más dispuestos a escucharnos.

Y eso puede hacerse cuidando a quienes son la parte más importante de todo el sector: los/as autores/as,

dándoles un altavoz propio con una nueva revista. Desde estas páginas, en digital cada trimestre, pero en físico cada año, tendremos la ocasión de leer relatos noveles, pero también de personas consagradas en su trayectoria, al tiempo que compartir reflexiones acerca de los temas que preocupan al sector como colectivo, porque aquí creemos que colectivizar, respetando la diversidad, es importante.

Crear comunidad nunca ha sido fácil, pero queremos aportar nuestra voz al coro de quienes llevan años haciéndolo posible, por eso nuestra primera entrevista ha sido a la presidenta de la asociación más antigua de fantasía, ciencia ficción y terror de todo el país, con más de treinta años a sus espaldas. Seguiremos dando voz a las entidades que, como ella, hacen posible que el sector adquiera la condición de comunidad, porque hace falta, vaya que sí, si se quiere avanzar.

La fantasía, la ciencia ficción y todo lo que engloba la narrativa juvenil son vitales para nuestra juventud, si queremos que tengan las mismas oportunidades de descubrir los mundos que nos hicieron tan felices a algunos y nos sorprendan creando otros que nos conforten en nuestros peores momentos; si queremos darles un entorno confortable en el que desarrollar esas reflexiones que son demasiado complejas o arriesgadas para tantear directamente en la sociedad; si queremos ayudarles a entender, pero también a sentir, a compartir y a empatizar y, en definitiva, a normalizar todas las realidades y todas las pequeñas y grandes luchas a las que se enfrentarán en años venideros. Para todo eso, para crear un espacio seguro donde soñar y ser soñados/as, esta revista será uno más de los lugares que cuiden a nuestra comunidad.

Porque aquí, ahora más que nunca, hemos venido a jugar.

CONSEJO EDITORIAL
Revista Prisma
Editorial Marli Brosgen



RELATO UNO

ORLA
CONCHA PEREA

1

CONCEPCIÓN PEREA GÓMEZ (SEVILLA, 1978), LICENCIADA EN HUMANIDADES, IMPARTE CLASES DE NARRATIVA DESDE 2013 Y PRESIDE LA ASOCIACIÓN CULTURAL BIBLIOFÓRUM. ASIMISMO, FORMA PARTE DE LA ORGANIZACIÓN ENCUENTRO DE LITERATURA FANTÁSTICA DE DOS HERMANAS. ES LA AUTORA DE *LA CORTE DE LOS ESPEJOS*, *EL MISTERIO DE LA CAJA BETHEL*, *LA ÚLTIMA PRIMAVERA*, *SIMBOLOGÍA DEL BESTIARIO Y MISTERIOS Y ENIGMAS A TRAVÉS DE LA PINTURA*. HA COORDINADO TAMBIÉN LAS ANTOLOGÍAS *CUENTOS DESDE EL OTRO LADO*, *VUELTA A LA TIERRA CERCANA* Y *ESTUDIO DE LA PENUMBRA*.



¡HAZ CLIC EN LOS ICONOS PARA SEGUIR A LA AUTORA DE ESTA HISTORIA EN REDES SOCIALES!

El sauce, en mitad del pantano, tenía gusanos gordos y jugosos si rebuscaba entre las raíces. Bajo la corteza había hormigas un pelín picantes que trepaban por su lengua sin que tuviese que hacer grandes esfuerzos para atraparlas. Nunca faltaban escarabajos y libélulas crujientes o algún ciempiés si tenía ganas de un bocado peligroso. Podía atrapar peces o ranas, incluso alguna que otra serpiente el día que le sonreía la fortuna. Si salía de paseo encontraba bayas de todo tipo, brotes tiernos, flores sabrosísimas y siempre podía robar la reserva de nueces y semillas de alguna ardilla despistada. No faltaban los huevos, pero eran un lujo extraordinario, no quería enemistarse con los pájaros que tan fielmente la informaban de todo lo que acontecía en la comarca.

En verano podía protegerse del calor cubriéndose con barro, en invierno se guarecía dentro del tronco, forrado de musgo perfumado. Tenía todo lo que una goblin podía desear. Orla era la envidia de muchos de los duendes de los alrededores. Más de uno estaría dispuesto a cambiarse por ella sin dudarlo, y ella le habría cedido el puesto encantada. No le importaría renunciar a sus lujos y comodidades si a cambio se libraba del precio que tenía que pagar por ellos. Porque lo que no sabían sus envidiosos vecinos era que ninguno de los privilegios que disfrutaba los había obtenido de balde.

No era que Orla quisiera mantener en secreto el motivo de su afortunada posición, cuando intentaba explicar a alguien cómo la había obtenido, de su boca salían historias increíbles y apasionantes. La mayoría eran hazañas de Mael, el rey de los goblins. Contaba cómo su majestad había vencido a la malvada Neamh Mairbh, que residía en las entrañas del viejo Sidh, bosque adentro. Podía contar con todo lujo de detalles cómo sus garras afiladas habían cortado el cuello de la poderosa bruja, haciendo que su sangre maldita profanase la tierra.

Otras veces hablaba del día en que transformó en murciélagos a un grupo de leñadores que querían convertir en vulgares tablones las moradas ancestrales de su gente. Y podía dedicarle horas a describir las innumerables batallas del soberano contra los firbolgs, en los días lejanos en los que estas criaturas aún pisaban el mismo suelo que los goblins. Podía cantar cualquier canción sobre estas y otras muchas hazañas igualmente maravillosas con unos entrañables gruñidos que eran la admiración de su público.

Cuando contaba los partidos de hurling que se jugaban en la corte, todos la escuchaban encantados; tenía un enorme talento para los detalles y los chistes ocurrentes.

Desgraciadamente Orla no quería contar ninguna de esas cosas.

Ella quería explicar que estaba atada al rey por un juramento que aún no lograba cumplir y que la obligaba a satisfacer cualquiera de sus caprichos, ya fuese de día o de noche. Tal vez alguien supiese qué debía hacer para librarse de tan molesta atadura, pero Orla era incapaz de explicar su problema y, por lo tanto, tenía pocas posibilidades de encontrarle una solución. Así pasaba los años, tan atada a su sauce como lo estaba a la voluntad del rey. Conservaba las esperanzas de recobrar su libertad. Si bien era verdad que muchas veces le fallaban los ánimos, también lo era que antes o después volvía a recuperarlas.

Su tranquilidad, y en realidad la del todo el reino, dependía totalmente del ánimo real. Si el rey estaba contento, o lo que era igual, entretenido, Orla era libre de hacer con sus días lo que quisiera. Únicamente tenía prohibido atravesar las fronteras, pero más allá estaban las tierras de los hombres, y ningún goblin en sus cabales quería congeniar con unas criaturas tan desagradables, ni siquiera el delicado sabor de su carne compensaba la molestia de tener que adentrarse en sus dominios. Era algo en lo que todos los goblins estaban de acuerdo, los humanos eran tenaces y rencorosos. Si atacabas a uno, no tardaban en aparecer cien de ellos hablando de insensateces como el honor y la venganza... matando indiscriminadamente, sin tener en cuenta que existe un lazo entre cazador y presa. Los bisontes no se vengan de los lobos, luchan como iguales y aceptan el destino que les toque, sea vida o muerte. Los humanos siempre andaban pidiendo revanchas. Así que hacía mucho tiempo que unos y otros se mantenían alejados, sin meterse en los asuntos los unos de los otros. A menos que el rey de los goblins decidiese lo contrario, en ese caso solían acabar al mismo tiempo la paz de los humanos y la tranquilidad de Orla.

Hacía casi diez inviernos que Orla no tenía noticias del rey y no esperaba ni por un momento que se hubiese olvidado de ella. Lo que no evitó que, cuando la lechuza plateada se posó en las ramas de su sauce sin hacer el menor ruido para anunciar que Mael deseaba verla, su corazón no se rompiese un poco más. Sabía que no tenía sentido hacerlo

esperar, cuanto más tardase en aparecer ante él, más se enfadaría. Cada instante de ausencia en el salón del trono haría que satisfacer sus caprichos fuese haciéndose más y más complicado. Debía partir de inmediato. Dejó a la mitad una sedosa cena a base de polillas, se ató el pelo con una tira de corteza de sauce para estar más presentable y caminó hacia el castillo confiando en que solo quisiera charlar un rato o tener a alguien que le dijese lo espléndida que era su nueva capa.

Como buen rey, el castillo de Mael estaba en el centro de su reino, aunque las fronteras del de los goblins eran difusas y su aspecto siempre estaba cambiando. Eso hacía que no siempre fuese fácil encontrarlo. A veces, estaba en el centro de un gran laberinto imposible de cruzar; otras, estaba sobre las nubes y era necesario volar o trepar hasta él. Más de una vez había tenido que perseguir un castillo motorizado o que caminaba sobre varias patas. Le molestaba tener que invocar el camino hasta él, porque Mael adoraba aislarlo con hechizos complejos que requerían ingredientes y pociones complicadas de conseguir. Por suerte, aquella vez solo tuvo que andar. El bosque se fue haciendo cada vez más y más borroso, cada vez más y más oscuro, hasta que acabó transformándose en el largo corredor donde se encontraba el trono. Un espacio de total negrura donde solo podía verse el resplandeciente trono real, tallado dentro de un viejo roble que nunca había dejado de crecer. El rey, igual que su palacio, podía adoptar la forma que deseara, nadie de su reino lo había visto dos veces con el mismo aspecto, salvo Orla, que siempre se veía a sí misma sentada en el trono. Una copia idéntica a ella. El mismo pelo verde lleno de hojas y ramitas, su vestido de corteza de sauce, su piel verdosa y sus brazos largos y nudosos, que le llegaban hasta el suelo. Solo los ojos eran diferentes. La otra Orla tenía los ojos amarillos, pero uno era redondo y brillante como el de un gato; el otro era húmedo y frío como el de una serpiente. La mirada desapareja se clavó en ella mientras se inclinaba en una respetuosa reverencia que fue acompañada por un largo suspiro de hastío de su majestad.

—Me aburro —anunció desganado con una voz que era idéntica a la suya.

Orla trató de permanecer impassible mientras intentaba adivinar qué le pediría el rey esta vez.

—Me aburro —repitió, esta vez con un deje impaciente

que Orla conocía bien y temía más que al rayo—. Y es culpa tuya. ¡Arréglalo!

—Solo decid qué puedo hacer para aliviar vuestro tedio y se hará de inmediato.

«No me queda más remedio», pensó resignada.

—Quiero compañía.

No podía haber dicho nada peor. Mael solía empeñarse en conseguir el amor de muchachas humanas. Adoptaba apariencias fascinantes, les hacía promesas descabelladas o las amenazaba, según su humor. Las perseguía durante semanas. A veces las desdichadas se volvían locas, algunas lograban escapar o morían. Otras, inexplicablemente, cedían ante los encantos del rey y se marchaban a vivir con él al palacio. Pero las vidas humanas eran breves y sus cabecitas no estaban hechas para aceptar la magia. El bosque estaba lleno de hermosas doncellas goblins que se hubiesen comido las tripas de todas sus rivales con tal de ganarse el amor del rey, pero Mael se empeñaba en perseguir humanas. Orla no sabía si estaba fascinado por ellas o lo que le gustaba era la tragedia de perderlas. Tampoco le importaba mucho, le molestaban más las cosas desagradables que se veía obligada a hacer para conseguirle una de ellas. Cosas en las que prefería no pensar demasiado.

—¿Ha visto ya alguna doncella de su agrado o desea que la busque yo? —preguntó sin ningún interés por la respuesta.

Se vio dando saltos sobre el trono real, agitando en el aire los puños cerrados mientras la rabia le deformaba la cara. No creía haberse enfadado nunca tanto como para tener aquel aspecto tan terrible, pero le alegró comprobar que podía resultar bastante impresionante. Fue extrañamente satisfactorio descubrir aquella faceta desconocida de sí misma. Tenía que probar aquellas muecas en algún momento. ¿Resultarían tan efectivas solo por compartir apariencia o necesitaba el carácter furibundo del monarca?

—¡Estoy harto de doncellas! ¡No estoy buscando esposa! —gritó el rey sacando a Orla de sus pensamientos.

Aquello era nuevo, lo que no implicaba que fuese necesariamente bueno. Respiró hondo. No quería preguntar qué nueva locura tenía el rey en la cabeza y sabía que no sería necesario. Tras un rato de dejarlo soltar escupitajos y maldiciones, lo soltó de golpe.

—¡Quiero un paje con el que jugar! ¡Alguien a quien mostrar mis conocimientos! ¡Deseo instruirlo para que escriba mis memorias!

Orla se rascó la frente, estaba sudando y ni se había dado cuenta.

—En la corte hay muchachos nobles...

—¡No quiero un estúpido que conspire con su familia para robarme el trono! —chilló la otra Orla sin dejar de dar saltitos, cada vez más enfadada—. ¡Quiero criarlo como si fuese mi propio hijo! ¡Quiero un niño humano!

En el salón del trono nunca hacía ni demasiado frío ni demasiado calor. Sin embargo, el nuevo capricho real logró dejarla helada. Se quedó clavada donde estaba, con la cabeza tan paralizada como el resto del cuerpo. Demasiado desconcertada para hablar o reaccionar. No parpadeaba, casi le pareció que no respiraba. Debía tener un aspecto muy divertido porque Mael la miró con una sonrisilla malvada en el rostro, clavando en ella una mirada inquisitiva muy desagradable de ver en su propia cara.

—Pero... un niño humano... —tartamudeó.

—Un bebé —especificó el rey sin dejar de sonreír—. Quiero educarlo desde su edad más tierna.

—Si los humanos descubren que les hemos robado un bebé...

«Nos masacrarán», pensó, pero no se atrevió a decirlo.

—Que no se enteren es tu trabajo y tu responsabilidad. Me importa muy poco lo que hagas mientras me traigas a mi paje. Y más te vale no tardar mucho, ya tengo una nodriza asignada para su cuidado.

Compadecía profundamente a quien le tocase hacerse responsable de semejante tarea. Orla no solía contradecir al rey, era inútil y peligroso. El secreto era intentar hacer que cambiara de opinión y pensase que la idea había sido suya. Intentarlo era osado, porque a Mael no le gustaba que intentasen engañarlo, tendría que ser astuta y prudente. Merecía probarlo si eso la libraba de volver a robar bebés.

—¿No recuerda su majestad lo molestos que son los bebés? Cuando raptamos al hermano de aquella doncella que tanto le gustaba para obligarla a acudir en su rescate, no paraba de gatear por todas partes y casi se cae al pantano. Fue muy molesto.

—No recuerdo nada parecido —contestó el rey, confuso.

Podía ser perfectamente cierto, el rey era muy hábil a la hora de olvidar las jugadas que le salían mal y aquella fue catastrófica. Podía permitirse el lujo de olvidarlo, la que tuvo que raptar al niño y preparar todas las trampas y pruebas para la jovencita fue

ella. El rey se aburría a mitad de la pantomima. Su amada era persistente a la hora de no corresponder a su amor, quizás le resultaba difícil enamorarse del idiota que se había llevado a su hermano y la obligaba a exponerse a mil peligros absurdos para rescatarlo. Finalmente pudo reunirlos de nuevo y volver a la tranquilidad de su sauce.

—¿Intentas inventar historias para evitar tu tarea?

Orla hizo su más sumisa reverencia.

—Jamás se me ocurriría, majestad.

—Eso pensaba yo...

Iba a tocar raptar un bebé, y esta vez no sería como las otras, que podía devolverlo antes de que los humanos se enfadasen. Quería quedárselo. No podría hacer la jugarreta y regresar a casa a nadar entre los juncos. Aquello traería todo tipo de problemas para ella y para el reino de los goblins.

—Señor, ¿no debería hacer este trabajo alguien más capacitado?

El rey saltó de su trono y se plantó a menos de un palmo de su cara, era como mirarse a un espejo que te echase encima el aliento.

—¿Cuál fue tu juramento?

Era una pregunta cruel.

—Compensar la pérdida que os hice sufrir —contestó en voz muy baja.

No era justo que tuviese que pagar por un pequeño error durante toda su vida

—No has compensando esa pérdida.

Una chispa de esperanza se prendió en su corazón, tal vez aquella era la oportunidad que había esperado tanto tiempo. Tal vez era el modo de saldar su deuda.

—¿Y el niño os compensaría?

La otra Orla la agarró del cuello. Se acercó tanto que pensó que iba a arrancarle la nariz de un mordisco, pero no lo hizo, le puso la boca muy cerca de la oreja y le susurró con una voz que no sonaba nada como la suya.

—¿De verdad crees que un paje vale tanto como el amor de mi vida?

—No, un paje no. Pero... ¿Y un heredero?

Mael le soltó el cuello y regresó a su trono, murmurando. No era la primera vez que lo veía hablar solo, siempre le resultaba escalofriante.

—¿Cómo crees que podría un humano heredar el reino de los goblins?

—Las doncellas habían sido criadas por humanos y pensaban como humanas. No ocurriría lo mismo con un bebé. Sería humano hoy, pero mañana ¿en

qué podría convertirse? Un niño es una semilla y, tal vez, si se riega con magia...

—Un heredero dices... —Acariciaba la idea, le gustaba. Orla podría haberse puesto a bailar allí mismo. Tuvo que apretar los labios, contener la respiración hasta que pensó que le iban a explotar los pulmones y esperar.

—Un heredero —le repitió para no darle tregua.

El rey se encaramó en su trono y alzó la cabeza. La oscuridad era tan profunda que era imposible ver el techo, si es que allí había algún techo.

—Tráeme al niño adecuado y me lo pensaré.

«Como si fuese tan fácil». Orla salió del castillo dando zancadas. Por la cabeza le zumbaban mil ideas y ninguna de ellas era buena. Estaba demasiado confusa y demasiado enfadada para poder centrarse en ninguna. La idea de raptar a un niño humano le producía escalofríos. No haría falta que la descubriesen. Si tuviesen aunque solo fuese una leve sospecha de que había goblins tras la desaparición, se lanzarían sobre el bosque. Antes lo hacían, incluso cuando no tenían a nadie mejor a quién culpar. Lo único bueno que había hecho Mael en toda su vida había sido firmar la paz con los humanos. Unos y otros habían prometido no tocarse las narices. Les iba bien desde entonces, pero ahora el rey se aburría tanto que estaba dispuesto a destrozar su única buena obra.

Cuando necesitaba pensar, trepaba a lo más alto del roble del corazón del bosque. Era un buen lugar para meditar. Allí escuchaba el susurro del viento entre las copas de los árboles. Se sentó un rato en una de las ramas más altas. Estaba amaneciendo, los *trolls* ya se habían ido a dormir a las profundidades, junto con los murciélagos y las lechuzas. Algunos fantasmas regresaban a sus tumbas y el resto se volvían transparentes y sus voces se quedaban sin fuerza. Era como si realmente no estuviesen ya en el mundo y solo pudieran mirar a su alrededor con sus ojos vacíos y suspirar soñando con el día en el que por fin sus almas podrían marcharse. Orla los entendía. Si llevaba al niño ante el rey, y todo salía bien, ya no tendría que preocuparse por sus caprichos. Serían problema de otro. Si salía mal, los humanos entrarían en el bosque buscando al niño perdido y, con un poco de mala suerte, habría otra guerra. Ella quizás quedaría libre del rey, pero no tendría a dónde ir. Entremedias, morirían muchos buenos goblins sin entender qué había pasado esta vez. También podía plantarse, claro, acercarse a Mael

y decirle que estaba harta de sus insensateces. Pero no era tan valiente. No quería hacerlo. Porque si al menos se limitase a matarla, pues sería mala suerte, aunque un modo de acabar con el problema. El rey no le daría una solución tan fácil, la condenaría a la sed eterna y la ataría en mitad de un arroyo del que nunca podría beber o la ataría a una pesadilla de la que solo se despertaría para darse cuenta de que aún estaba soñando y que estaba ante el inicio de otra pesadilla. Conocía la crueldad del rey, era tanta como su generosidad.

Balanceaba las piernas en el vacío, sentada en su rama, tratando de decidir qué hacer. Seguramente se habría quedado allí hasta que le hubiese dado hambre, dándole vueltas a la cabeza sin que se le ocurriese nada.

—Estamos jodidos —murmuró con la vista fija en el horizonte.

—¿Por qué? —preguntó una vocecilla desde unas ramas más abajo.

La pregunta la pilló tan desprevenida que estuvo a punto de caerse de su rama. Buscó a quien fuese que estuviese hablando mientras trataba de volver a sentarse con cierto decoro. Un poco más abajo encontró una ardilla que la miraba inquisitivamente, sacudiendo la cola con espasmos nerviosos, tal como suelen hacer cuando algo las alerta.

—Aunque quisiese decírtelo, no lograría hacerlo —le respondió Orla—. De todos modos, no te incumbe, vuelve a tus nueces y no te preocupes.

—Podría hacerlo. —La ardilla sacudió los bigotes—. Pero tendría que lidiar todo el día con la intriga. ¿No podrías ni intentarlo?

—No veo en qué podría ayudarme.

—Tampoco podría perjudicarte y, al menos así, calmas mi curiosidad. Te lo agradecería.

—¿Qué harías si alguien te obligase continuamente a hacer cosas que no deseas hacer? ¿Qué harías si considerases que te obligan a hacer cosas injustas?

—Ah —contestó la ardilla como si fuese la pregunta más sencilla del mundo—, no obedecería. Le daría piedras en lugar de nueces.

—Se lo merecería, desde luego. Pero no veo el modo de hacerlo. ¿Tú cómo lo harías?

La respuesta no llegó, la ardilla se había largado tan rápido como había aparecido. Seguramente ni siquiera se había quedado para escucharla. Las ardillas no solían atender a las conversaciones largas.

Probablemente dentro de un rato ni siquiera recordaría lo que habían estado hablando. Le daría las gracias si, por casualidad, se la volvía a encontrar. Le había dado una buena idea. Tan obvia, tan sencilla, que le daba vergüenza que no se le hubiese ocurrido a ella. «Le daría piedras en lugar de nueces». Qué solución tan sencilla, qué elegante. ¿Por qué tenía que robar a un niño humano si podía darle al rey algo que solo pareciera uno? Aunque eso implicaba que tendría que usar un tipo de magia que hacía mucho que ya no usaba. Transformar unas cosas en otras era un arte complicado. Y el origen de su desgracia. La última vez que lo había usado, no había acabado demasiado bien.

Bajó del árbol, escogió un trozo de madera del que sobresalían dos ramitas delgadas. Luego, hizo varias varas flexibles para tramar un armazón y lo cubrió con arcilla. Al acabar, lo dejó secando al sol. Parecía más una mandrágora que un bebé. Un detalle sin importancia, aún no estaba acabado, tenía que añadir detalles. Y había que escoger a un niño. Pasó el resto del día pescando ranas, que cocinadas con unas hojas de berro estaban deliciosas, durmiendo y nadando en su estanque como cualquier otro día. Con la barriga bien llena se tumbó entre las raíces de su sauce y se quedó dormida.

No fue una buena siesta. Soñó con Myrna, tan bonita. Con la piel reluciente como un nenúfar, siempre vestida con hojas frescas y flores nuevas. Los ojos amarillos como dos botones de oro, tan esbelta. Se acercaba a ella, con una sonrisa llena de dientes y las garras más afiladas de todo el reino. «Ayúdame a esconderme, Orla —le pedía entre risas—, que no me encuentre». A lo lejos escuchaba a Mael contando pacientemente mientras aseguraba que la encontraría allá donde se escondiese. Myrna le pedía ayuda con tanta dulzura que no pudo negarse. Le puso una piedra en la mano a la joven y soltó las palabras más idiotas que Orla había dicho jamás: «Carne en piedra y la piedra en nada más». Y las piernas de Myrna se clavaron en el suelo, y su cuerpo se retorció mientras perdía su forma. Y sus dulces ojos la miraron una última vez, confusos y asustados. Porque Myrna, al contrario que ella, era una hechicera consumada y sabía que, tal como había pronunciado su hechizo, no había vuelta atrás. Orla no lo sabía. Lo dijo sin pensar demasiado y, como cada vez que hablaba sin pensar, se equivocó.

Se despertó de un salto. No demasiado lejos de allí estaba la piedra en la que Myrna llevaba transformada desde hacía años. A veces iba a verla para recordar por qué Mael se empeñaba en amargarle los días. Explicarle que no había pretendido hacerle daño fue tan inútil como todos sus intentos de volver la piedra en carne. Al rey no le importaban sus intenciones, sino el resultado de sus acciones. Y como la muerte le parecía poco castigo, se dedicaba a torturarla, a hacerle pensar en el peso de su soledad. Como si a ella no le pinchasen los remordimientos, como si aquello no la hubiese dejado también sola. Ya no se atrevía a acercarse a otros goblins, ni a hacer más magia de la imprescindible. Los primeros años se limitó a aceptar el castigo, complacía al rey esperando que satisfacer sus caprichos la ayudase a sentirse mejor, a ser capaz de perdonarse, capaz de darse un poco de paz. Los años pasaban y no conseguía la tranquilidad que soñaba y las represalias del rey empezaban a parecerle mezquinas. Estaba harta y cansada. Necesitaba marcharse. Nunca podría olvidar su error, pero ya no le parecía que mereciese semejante castigo. Y, desde luego, el reino no iba a caer en una guerra con los humanos por culpa de los deseos de un rey caprichoso y mezquino.

La piedra estaba junto a un fresno, Orla lo había plantado para que Myrna tuviese amigos. Junto a la piedra había crecido también un rosal silvestre. Orla cortó una ramita llena de espinas y una rosa amarilla, pequeña, llena de color. Al cogerlas, sintió que le estaban dando un regalo. Se las llevó tras acariciar la piedra, que estaba caliente y salpicada de motas de musgo seco. Le dio unos golpecitos, tal vez algún día pudiese volver. Las vidas de los goblins eran largas, pero no eternas, e incluso los reyes mueren. Por ahora, aquello era una despedida.

Encontrar un niño fue más difícil, mientras su muñeco de madera y barro se secaba tuvo que espiar por varias de las aldeas más cercanas al bosque. Podría haberse transformado en cualquier animal para vigilar las casas que los humanos construían para vivir. No podían usar la magia para levantar sus edificios, ni vivir cómodamente dentro de los árboles. Eran incapaces de usar magia, así que tenían que construir frágiles cascaritas de madera y adobe. Tampoco veían demasiado bien en la oscuridad.

Orla merodeó por las casitas. Había niños, pero ya eran mayores, demasiado para sus planes. Estaba

pensando que aquel asunto podía alargarse más de lo que le habría gustado cuando la suerte acudió en su ayuda, un mirlo le chivó que había nacido un bebé en una de las aldeas. Le pagó con un nido indestructible, fabricado con tierra del fondo de un foso y tejido con tallos de jaramago. El pájaro no le había mentido, en una de las cabañas había un bebé. La madre había tejido un cesto de esparto para que le sirviese de cuna y lo colgaba con una sogá de las vigas del techo para protegerlo de la humedad del suelo y los bichos. Orla solo tenía que deslizarse por el agujero que había en el techo, sobre el fuego que la familia usaba para cocinar y mantener la casa caliente, deslizarse por las vigas y llegar hasta la cuna. No podría hacerlo de noche, porque la madre dormía con el bebé, pero al salir el sol todos se irían al campo, los humanos tenían que sudar sobre la tierra si querían comer algo. Hasta el conejo más tonto sabía conseguirse la comida sin esforzarse demasiado, pero los humanos no eran demasiado listos.

Después de un par de días de discreta vigilancia, decidió que el mejor momento para llevar a cabo sus planes era cuando, con las primeras luces, la familia se marchaba y la madre salía para ordeñar a las dos cabras que tenían en el cobertizo. Era el único momento en el que el niño estaba solo. Se deslizaría hasta la cuna, cogería al niño y dejaría en su lugar una copia idéntica fabricada con la marioneta que tan pacientemente había preparado. Los padres no notarían nada, al menos al principio. Luego, la magia se iría deshaciendo, hasta que el niño volviese a transformarse en una marioneta. Seguramente pensarían que era obra de alguna bruja. Se acusarían entre ellos y los goblins no tendrían nada de lo que preocuparse. Mael tendría su bebé y ella podría marcharse a buscar el olvido que tanto necesitaba.

Ese era su plan. Pensado con cuidado, meticulosamente preparado. Sencillo y eficaz, como toda buena idea que se precie debería ser. Y, sin embargo, las cosas no ocurrieron así.

Orla no entregó al bebé de inmediato. Lo colocó con delicadeza sobre una camita de musgo y lo observó minuciosamente. No sabía mucho de crías humanas, al parecer, que no tuviese garras, era algo perfectamente normal. Esperaba que tener la piel rosadita y una compulsión bastante idiota por chuparse los pies fuese también algo habitual. Sabía que tenía que entregarlo antes de que tuviese hambre, o que le

apeteciese hacer cosas peores. Volvió a cogerlo, parecía tener todo lo que se podía esperar que tuviese un bebé, el número adecuado de piernas, brazos, dedos y orejas. El peso correcto, la textura, todo estaba bien... Y, sin embargo, sentía un enorme peso en el corazón cada vez que lo sostenía entre sus brazos. Al mirar los antinaturales ojos azules de la criatura, tan llenos de inocencia como los de cualquier otro cachorro, sentía escalofríos. «La magia requiere una mente serena y un corazón frío», le había dicho Mael hace mucho tiempo. Al mirar al pequeño, le parecía entender lo que le decía. ¿No era aquella criatura en sí misma un acto de magia? Si no podía mirarla sin sentir extrañeza, no podía esperar convertirse en una gran hechicera. Jugar con magia solo le había causado problemas.

Cuando cruzó el largo pasillo, vacío, profundo y oscuro, hasta el trono, le pareció que cada latido de su corazón resonaba en aquella nada sin paredes como un aldabonazo que anunciaba su llegada. Sus pasos eran silenciosos, quedos. Posaba los pies descalzos sobre el suelo negro, frío y liso como la hoja de un cuchillo sin hacer el menor ruido, pero su corazón estallaba una y otra vez delatando sus intenciones a cualquiera que estuviese a medio centenar de zancadas. Se detuvo cuando pudo adivinar la lejana silueta del trono para respirar profundamente. No debía estar asustada, nadie podía escuchar su corazón aleteándole bajo los huesos. Era solo miedo. Tener miedo ante Mael era lógico, era una muestra de sensatez. Tenía que olvidar los muchos motivos que justificaban sus temores y presentarse ante el rey inocente como un cachorrito. Probó a sonreír como el bebé que llevaba en brazos, no necesitaba verse la cara para comprender que no debía ser muy convincente. Daba igual, ella no tenía que resultar convincente, esa era tarea de la cría.

El rey la recibió con su rostro copiado. Sus ojos desiguales apenas la miraron, se clavaron de inmediato en el bebé y sus labios se tensaron en una sonrisa en la que empezaron a brotar dientes afilados de un modo muy poco alegre. Orla se dio a cuenta de que el rey le había dado la vuelta al trono, solo podía ver el largo respaldo y las patas esculpidas en forma de gruesos árboles.

—¡Dame a mi paje! —le exigió estirando los brazos con un ademán de impaciencia.

Orla no esperó a que volviese a pedírselo. Casi se

lo soltó encima. El rey lo agarró sin ningún cuidado, haciendo que el niño empezase a llorar.

—Vaya, vaya —musitó observándolo con detenimiento—. No empezamos con buen pie.

—Tiene que sostenerlo con más cuidado, los bebés humanos son delicados.

El rey no le prestaba ninguna atención, lo agarró por una pierna y poniéndolo cabeza abajo. El niño chillaba y chillaba.

—Majestad, lo vais romper. Sostenedlo con más cuidado.

Le lanzó una mirada aguda, casi como si la apuñalase con sus iris desparejados. Se encogió de hombros y siguió agarrando al niño como si fuese un pelele. Sonriendo.

—¡Es apasionante! ¡Perfecto!

—¡Majestad, deteneos!

—¿Qué es lo que te preocupa, Orla?

Sin esperar una respuesta, Mael lanzó al bebé contra el trono. El cuerpo chocó y se hizo trizas. El barro se resquebrajó y el tronco de madera quedó expuesto sobre el suelo. Orla sintió cómo la respiración se le atragantaba. No podía dejar de mirar su marioneta destrozada en el suelo. Tantas horas de trabajo, tantas esperanzas... para nada. Antes de darle tiempo a reaccionar, el trono giró sobre sí mismo. Cómodamente instalado en el respaldo estaba el niño que Orla no se había atrevido a robar, mordisqueándose una manita con las encías rosaditas.

—Lo de intentar reemplazar al niño por un muñeco es una idea maravillosa. Yo de ti me daría prisa de construir otra, porque los padres de este pequeño ya lo están buscando.

—¡Los humanos vendrán a darnos caza! —A Orla la idea la aterrorizaba.

—No, porque si lo hacen, me comeré a su cachorro —respondió—. Cada vez que los humanos me ofendan, les robaré a un niño. Vivirán aquí, conmigo, en mis mansiones. Y tú... Si no me hubieses engañado, te liberaría en un instante, pero ahora no puedo perdonarte.

Orla se encogió, esperando que la magia del rey la golpease, que la convirtiese en ratón o transformase sus miembros en las largas ramas de un árbol. Nada, cuando se atrevió a levantar la cabeza, no había pasado nada. El rey estaba haciéndole carantoñas al bebé y no le prestaba ninguna atención.

—Vete, cambia al niño por un pelele si te apetece.

Me da igual, ya me encargaré de que los humanos sepan lo que estoy haciendo.

La goblin salió del salón a la carrera. Pensar que podía engañar a Mael había sido tonto, tan ingenuo que le ardía la cara de vergüenza al pensarlo.

—Te llamaré cuando quiera otro bebé —le gritó mientras se marchaba—. Esa será tu nueva tarea.

Aquella fue la última vez que Orla y Mael se vieron. Orla no se sentía capaz de arrebatarse niños de sus cunas. El rey la buscó por todo el reino sin encontrar noticias de ella. Sin percatarse de la piedra blanca que había aparecido entre las raíces del viejo sauce. Bañada por el agua y el sol, inmóvil, insignificante, en paz.

LA FANTASÍA NO ACABA AQUÍ.

**VIAJA CON NOSOTROS POR
MUCHAS MÁS HISTORIAS. LEE.
VIVE LO EXTRAORDINARIO.**

2

RELATO DOS

MORGANA DE HUX

MERCÈ HOMAR

MERCÈ HOMAR MAS (PALMA DE MALLORCA, 1983) ES LA MENOR DE CINCO HERMANOS, FANÁTICA DE LAS COSAS HORTERAS, DE LOS ANIMALITOS, DE ABBA Y DE LA ESTÉTICA MÁS VULGAR DE LOS OCHENTA. LE ENCANTA LEER E IR AL CINE. LA FANTASÍA Y LA CIENCIA FICCIÓN SON SUS GÉNEROS FAVORITOS. HACE AÑOS DECIDIÓ INTENTAR ESCRIBIR SUS PROPIAS HISTORIAS Y, DESDE ENTONCES, POCO A POCO HA IDO PUBLICANDO ALGUNOS TEXTOS EN DIVERSOS FORMATOS.



¡HAZ CLIC EN EL ICONO PARA SEGUIR A LA AUTORA DE ESTA HISTORIA EN REDES SOCIALES!

No dejéis escapar ese rayo —gritaron desde popa.
—¡Cuidado con las garfias! —clamaron desde babor.
—¡No es momento para ser cauteloso! —gruñó, enfurecida, la capitana—. ¡Tenemos que capturar esa tormenta!

Morgana de Hux, la audaz capitana del Demiurgo, no estaba dispuesta a retrasarse ni un día más. Ya había tenido infinita paciencia durante esa travesía, como para alargarla más. Esa tormenta sería la definitiva; después, podrían volver a casa y por fin sacaría de su barco a aquel engreído mago de tres al cuarto.

—¡Contramaestre! ¡Contramaestre! —bramó fuera de sí—. Esos nudos no están hechos como es debido. ¡Arréglalo ya! ¡No quiero más demoras!

La contramaestre Irina asintió y salió corriendo hacia las velas para apretar los amarres. El Demiurgo se balanceaba en el cielo y trataba de capear la masa de nubes negras, mientras era sacudido con violencia por la lluvia. Morgana, la capitana, con el ceño fruncido, miraba fijamente el espectáculo sobre su cabeza. Cazaría esa tormenta. La convicción brillaba en sus ojos almendrados. La lluvia le azotaba la cara y el pelo rojizo y mojado se le pegaba a las mejillas. Fue a gritar cuando una voz masculina resonó a sus espaldas.

—¿En serio? —preguntó incrédulo el mago Miramon en tono de burla—. ¿Esta tormenta?

Morgana echó una mirada a su segunda, Malika, que estaba maniobrando con presteza en un intento de que el barco no cayera en picado del cielo. La timonel negó con la cabeza y sus rastas negras se agitaban, golpeándole las oscuras mejillas, a sabiendas de que sería difícil que su capitana mantuviera el control. Y tenía razón. Morgana, hecha una furia, se volvió contra el único varón que iba a bordo del navío y le fulminó con la mirada. Un relámpago iluminó su espalda, otorgándole durante unos instantes un halo de magnificencia que en realidad no poseía, ya que la capitana era más bien pequeña y escuálida.

—¿Qué diablos le pasa a esta tormenta? —inquirió, para luego añadir escupiendo la palabra—: ¿Mago?

—¿Tormenta? ¿Qué tormenta? —preguntó él levantando las palmas hacia el cielo.

El Demiurgo se escoró hacia un lado y tanto el hombre como la capitana, haciendo gala de puro orgullo, clavaron los pies en la cubierta. No estaban

dispuestos a dejar que el vaivén les arrastrara, y mucho menos cuando la batalla se libraba entre sus frías miradas.

—Se me ordenó capturar una tormenta para ti, pero en ningún momento acepté... —titubeó buscando la palabra adecuada—. ¡Esto! —gritó con desdén.

Aquel *esto* se refería claramente al hombre.

—Siento que mi presencia no sea de tu agrado, aunque tu tripulación no piensa lo mismo —dijo el mago guiñándole un ojo a varias de las tripulantes, que se sonrojaron.

—¡Volved al trabajo! —gritó Morgana con furia—. Los hombres traen mala suerte a los navíos. Me da igual la atención femenina que estés recibiendo en mi barco, eres una distracción, pero esto se acaba aquí. Cazamos esta tormenta, la metemos en tu reliquia y te devuelvo a tu reino.

—No con esta tormenta. ¡Si apenas chispea!

Un relámpago iluminó el cielo, seguido de un fuerte trueno que hizo vibrar el buque. Morgana frunció el ceño con disgusto. Su cara estaba roja de rabia, el millar de pecas que poblaban sus mejillas parecían pequeños volcanes a punto de estallar.

—¡Te equivocas! —sentenció desafiante y, antes de que el mago pudiera decir nada, se giró hacia su contramaestre y le hizo una señal para que fuera hacia la segunda, Malika, que estaba en el timón.

Oyó a Miramon quejarse, pero la voz del hechicero quedaba ya sepultada por el estruendo de la tormenta. Irina movió las manos con presteza, creando palabras a toda prisa.

—Me da igual lo que piense ese... ese grumete de nubes dulces. Creedme, esta tormenta es la tormenta—. Morgana tenía un brillo malicioso en los ojos que Irina y Malika conocían bien. Las chicas levantaron la vista al cielo. Aquellas nubes negras como el carbón soltaban goterones sobre sus cabezas. Y, a lo lejos, vislumbraron un reflejo verde. Se pusieron pálidas.

—¡No! —exclamó Malika, que soltó el timón durante un segundo provocando que el barco se escorara. Pronto recuperó el control.

Irina no dijo nada. Aunque hubiera podido hablar, no era necesario. Se golpeó con la palma de la mano abierta en la frente y, acto seguido, replicó. Sus manos se movían tan deprisa que Morgana tenía problemas para seguir lo que decía.

—Te preocupas demasiado. Ese engreído no solo

tendrá que pedirme perdón, sino que *esa* —dijo enfatizando la palabra y señalando las nubes— será la mejor reliquia del cielo que se haya construido jamás. Una tormenta verde. ¡Ja! El nombre de Morgana de Hux pasará a la historia.

—¿Todo esto es por tu ego? —preguntó Malika con malicia.

Irina también añadió algo, furiosa.

—¡Eso no tiene nada que ver! —chilló Morgana a su contraamaestre.

—Pues yo creo que ha dado en el clavo. Si hace años no te hubieras tirado a ese mago engreído, ahora no estaríamos así —agregó la timonel. Un trueno retumbó.

—¡Estaba borracha! —se defendió Morgana.

Irina le respondió con un movimiento rápido de manos.

—No es cierto, solo bebo de vez en cuando. Además..., no tiene nada absolutamente nada que ver.

Malika e Irina intercambiaron miradas cómplices.

—¡Que no! —gritó furiosa la capitana—. ¡Mantened el rumbo! ¡Contraamaestre, prepara la máquina!

Dando voces, malhumorada, se dirigió hasta el centro del barco con paso tambaleante y atravesó la cubierta, que oscilaba sin descanso. Irina y Malika intercambiaron una mirada. La contraamaestre resolvió y la segunda oficial se encogió de hombros. No se irían de allí sin haber capturado esa tormenta y lo sabían, por lo que discutir con su capitana no serviría de nada. Morgana haría lo que quisiera sin tener en cuenta sus opiniones. Irina sonrió y le propinó un beso en los labios a su compañera, para luego marcharse corriendo a acatar las órdenes. La primera oficial negó con la cabeza, disgustada. Aquello era una locura. Una tormenta verde, ¡qué disparate! Siguió batallando con el timón, no podía perder el control pasara lo que pasase.

—¡Vamos, marineras! ¡Navegáis a bordo del buque Demiurgo, el orgullo de los cazadores de tormentas de todo el mundo! —Morgana empezó a dar ánimos a la tripulación, que corría de un lado a otro haciendo que el barco funcionara—. ¡Este es el mejor barco de caza que ha existido jamás! ¡Y tiene la mejor tripulación que se pueda pedir! —Se desplazaba andando por cubierta con toda la dignidad de la que era capaz, a pesar del caos que había a su alrededor—. ¡Tensad esos cabos! ¡Preparaos para la mayor tormenta que capturaréis en vuestras vidas!

Al oír eso, Irina, que estaba conectando la máquina succionadora de tormentas, puso los ojos en blanco. Si existía una mala idea, era aquella. Iba a cundir el pánico en cuanto Morgana dijera...:

—¡Vamos a cazar un rayo verde! —gritó la capitana.

Eso. Exactamente eso. Irina soltó los engranajes del artefacto por un segundo y miró a la tripulación. Durante un instante, a bordo del Demiurgo se detuvo el tiempo y un silencio sepulcral inundó el barco. Era una idea pésima. Hacerlo. Decirlo. Pensarlo. Pero Morgana de Hux era, sin duda, experta en malas ideas. Unas nubes negras hicieron escorar el barco y la tripulación reaccionó. Incluso Miramon, durante unos segundos, se había quedado asombrado. Fue hacia Morgana y la cogió del brazo.

—¿Te has vuelto loca? —le preguntó alucinado. Ella se deshizo de su agarre—. No tienes que hacer esto para impresionarme, pecosa.

—¡Cállate! —gritó ella con furia—. Cazaré esta tempestad. Y tendrás la mejor reliquia de tormenta que el mundo haya conocido jamás. Y todos, siempre, sabrán que tu éxito se debió gracias a mí.

Miramon permaneció un instante en silencio, mirando a la pequeña y altiva mujer que tenía delante. Esbozó una sonrisa blanca y torcida.

—¿Tanto te afectó lo nuestro, pecosa?

—¡No me llares pecosa! Y claro que no, me eras indiferente entonces y me lo sigues siendo ahora.

—Por supuesto... Como te soy indiferente, vas a cazar un rayo verde, claro que sí. Arriesgas tu barco, tu vida y la de tu tripulación por un hombre que no te importa nada —dijo él al tiempo que la cogía de la barbilla.

—¡Eres un cerdo engreído y egocéntrico! —aulló furiosa dándole un manotazo—. ¿Crees que tu cara perfecta y tus ojitos azules van a hacer que me derrita?

Él parpadeó, perplejo. Acto seguido, sonrió de nuevo.

—Sé que soy guapo. Sí, mira, lo entiendo, ¿vale? Un hombre como yo..., uf, deja huella. Entiendo que haber compartido una noche conmigo es un trofeo para una bucanera como tú, pero...

Morgana sacó su pistola, agarró al mago de la solapa y le pegó la boca del cañón al cuello.

—Atrévete a terminar esa frase... —susurró.

La larga melena lacia y rubia de Miramon se desparamaba sobre los brazos de la mujer, que podía sentir el rápido latir del corazón del mago. ¿O era el suyo

propio? Miramon sonrió y, acortando la distancia, la besó. Ella se apartó con presteza y disparó. El mago, con un rápido movimiento de su brazo enguantado, hizo que la bala se desviara, empujándola con una ventisca mágica. El proyectil acabó perforando la cubierta de madera del barco.

—¡Estás loca! —replicó él en cuanto se separaron.

—¡No vuelvas a tocarme! —gritó furiosa, para luego dar una zancada y alejarse de él.

Morgana se colocó junto a su contramaestre, Irina, que estaba activando la máquina succionadora. Cerca del mástil principal había una espiral de hierro que se alzaba hacia el cielo, como si fuera un embudo. En la parte inferior, en el centro de la reliquia, había una bola de cristal del tamaño de un pomelo que tenía que controlar en su interior toda una tormenta y un rayo... Y no un rayo cualquiera, sino uno verde.

Irina estaba programando la maquinaria en la consola. Cuando la capitana se puso a su lado, la joven asintió con la cabeza. Todo estaba listo. En el instante en que Morgana diera la orden, succionarían esa tormenta —o lo intentarían— si esta no partía el barco en dos o algo peor.

—¿Es una locura? —preguntó Morgana sin mirar siquiera a los ojos de su subordinada.

Irina llevaba diez años a las órdenes de Morgana y la conocía muy bien. Una sombra de duda se posaba sobre su capitana y eso era malo. Si ella vacilaba a la hora de llevar a cabo la succión, la tripulación flaquearía y sería un caos total. No. Negó con la cabeza y puso su mano sobre el antebrazo de Morgana; el contacto hizo que esta por fin la mirara. La muchacha negó de nuevo con la cabeza y, acto seguido, esbozó una sonrisa. No era la primera vez que se dejaba llevar por la locura de esa mujer y esta ocasión no era diferente.

—Está bien —dijo Morgana recuperándose de su segundo de flaqueza. Sonrió a su contramaestre y vociferó de nuevo caminando por cubierta—. ¡Escuchadme todas! —gritó. Miró a Miramon y añadió—: Y tú, mago de tres al cuarto. —Este fue a quejarse, pero no tuvo ocasión—. Todos conocemos las leyendas sobre los rayos verdes. No me importan los fantasmas que veáis, estamos preparadas para la gloria.

La tripulación al completo lanzó un grito.

—¡Somos el orgullo de la insignia bucanera!

Morgana señaló su bandera negra, que gustaba de

exhibir para infundir temor.

—No existe mejor barco ni mejor tripulación. Recordad quiénes sois y cuando ese rayo impacte sobre nosotras, no dudéis de lo que es real. El viento, las nubes, los truenos y los relámpagos son lo único que os debe preocupar. ¡Triunfaremos!

Las mujeres alzaron los puños al cielo: «¡Pasaremos a la historia! —exclamaron embriagadas por las promesas de su capitana—. ¡La eternidad es para nosotras!». Aun así, el riesgo era enorme.

—Irina, que todas se aten con cuerdas al barco y que ninguna se olvide de ponerse el chaleco salvacaídas. —Su contramaestre asintió con convicción—. No pienso perder a ningún miembro de la tripulación.

Irina corrió a acatar las órdenes. Morgana examinó la máquina. Funcionaba. Todo estaba preparado. La tormenta empezó a ganar fuerza. El Demiurgo se agitaba en el cielo y la ventisca lo llevaba de un lado a otro. La tempestad había pasado de ser llovizna a convertirse en un aguacero y los goterones se estrellaban contra la cabeza de todas las tripulantes que, empapadas, hacían un esfuerzo por mantener el equilibrio sobre la cubierta mojada. Miramon se acercó a Morgana, la sonrisa de superioridad que siempre estaba dibujada en su rostro se había esfumado y eso hizo que la capitana se sintiera orgullosa de su cometido.

—¿Tienes tu chaleco salvacaídas? A menos que sepas volar con tu magia, tienes que ponerte uno, grumete.

—Pecosa, ¿en serio crees que es una buena idea?

El barco se escoró. La capitana echó una mirada de reojo a su timonel; Malika empezaba a tener problemas para mantener el control del navío. Antes de que pudiera responder, el mago se le adelantó.

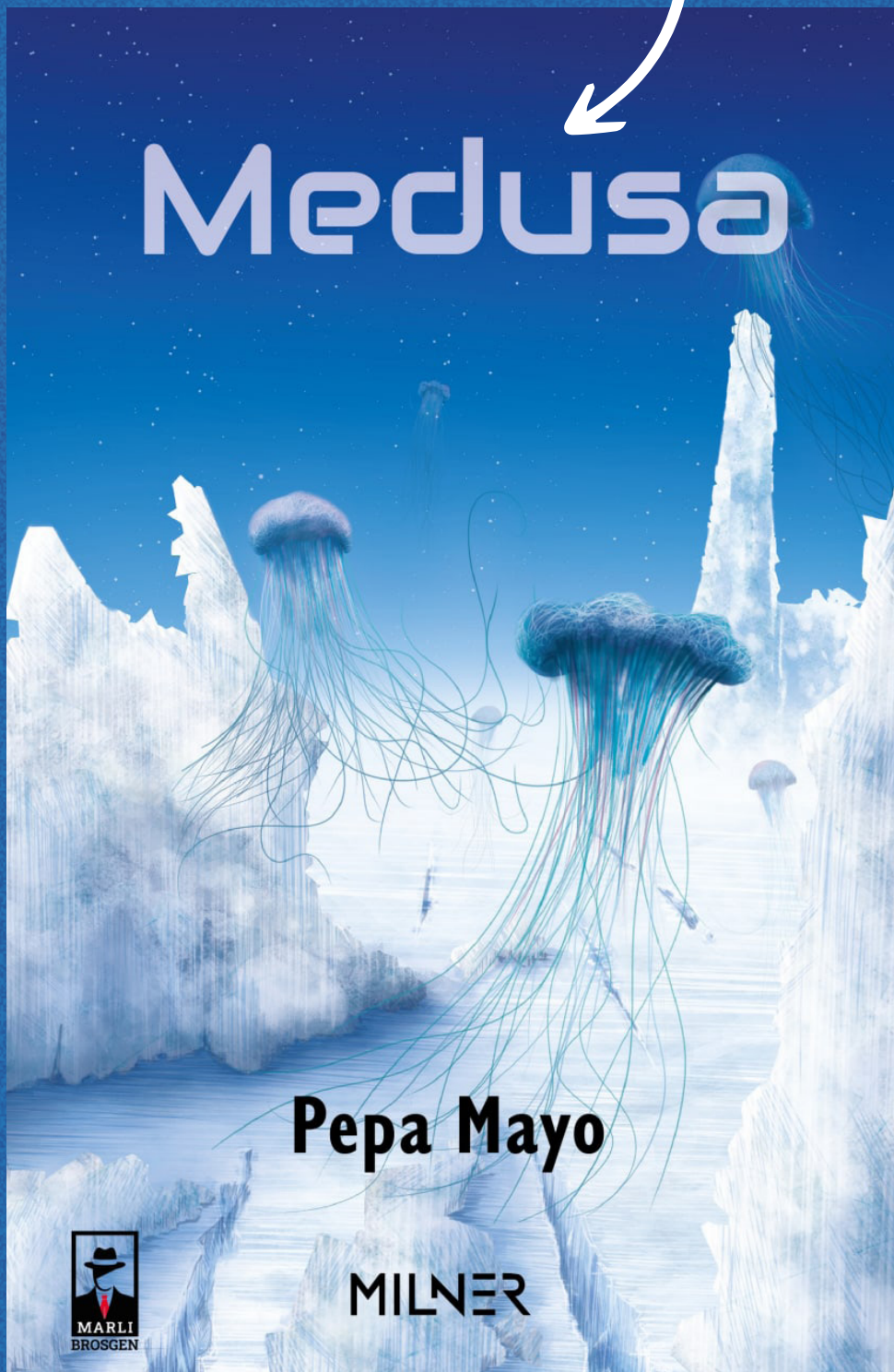
—Todos sabemos que no hay nada más poderoso que un rayo verde, pero también estás al tanto de que es un portal que sirve para conectar el mundo de los vivos con el mundo de los muertos. ¿No te da miedo ver fantasmas? ¿O quedarnos atrapados en el otro lado?

—Eso no ocurrirá —dictaminó Morgana de Hux.

El mago no estaba bromeando. Su cara, siempre reflejo de seguridad y egocentrismo, se encontraba totalmente seria. Estaba preocupado, algo inaudito para el siempre irresponsable Miramon. Morgana no le había visto así jamás.

—Todo saldrá bien, sé lo que hago. —Él no le

¿TODAVÍA NO TIENES TU EJEMPLAR?
HAZ CLIC AQUÍ
PARA CONSEGUIRLO



ERA UN SONIDO
GRAVE Y PROFUNDO, COMO
EL DE UN ANTICUO CUERNO

EL DE UN ANTIIGUO GUERNO,
QUE SE EXPANDÍA ENTRE LAS
RUINAS Y LOS PICOS DE LAS
MONTAÑAS. LAS GRIETAS
CRUJIERON, AVISANDO DE LA
INMINENTE APARICIÓN DE
LAS MEDUSAS.

respondió—. ¡Maldita sea! Relájate, ningún ángel se te llevará. ¡Irina! Ocupate de este hombre, que nuestro invitado no dé problemas.

La contra maestre apareció tan rápido que parecía que hubiera estado allí todo el rato. Cuando fue a coger a Miramon para llevarlo a una zona más segura, este no se dejó agarrar, tomó a Morgana por la cintura y la atrajo hacia él. El mago era flaco, pero alto, y Morgana, al ser tan menuda, quedaba sepultada por el cuerpo del hombre.

Miramon la besó. Esta vez la capitana del Demiurgo no opuso resistencia. Ese beso la transportó a otro tiempo, donde una versión más joven de sí misma se arrojaba a los brazos del hechicero siempre que volvía a puerto.

—Cada vez que veo una noche estrellada, solo recuerdo tu cara, pecosa. La tuya y la de nadie más.

Morgana dejó asomar una sonrisa y Miramon le dio un beso en la mano antes de marcharse. La comandante negó con la cabeza y fue hasta el timón. Malika luchaba para mantener el control del barco. Al ver a su superiora, dijo:

—Borra esa sonrisa de idiota de tu cara.

—Tú siempre tienes esa sonrisa—le espetó Morgana.

—Yo tengo a Irina, no a un hombre en cada puerto.

—A las marineras nos gusta dejar huella en nuestras conquistas.

Un relámpago iluminó el cielo. Tenían la tormenta justo encima. Estaban a mucha altitud.

—¿Y si hay ángeles? —pregunto Malika preocupada.

—No me vengas tú también con supersticiones... —agregó enfadada la capitana.

—Llevamos a un hombre a bordo. Eso da mal fario y lo sabes. Como nos ataquen los ángeles con su canto y su belleza embriagadora, estamos perdidas. La tormenta será el menor de nuestros problemas.

—Relájate, Malika. —Morgana la apartó con suavidad del timón y se puso al mando del Demiurgo—. Eres una gran timonel y confío en ti para ser mi segunda, pero si quieres un día ser capitana has de dejar las supersticiones de lado. Una capitana debe ser fuerte; siempre, en todo momento. —Morgana estaba imponente controlando el rumbo, a pesar de ser mucho más menuda que Malika. Pese a que su subordinada había sudado para controlar el barco, ella parecía hacerlo sin esfuerzo alguno, consiguiendo que el Demiurgo saltara y capeara las corrientes de aire con gracia y sutileza—. Ve con Irina y, a mi orden,

enciende la máquina.

Malika asintió y se alejó de su capitana; sentía, como casi siempre, que esta actuaba como una lunática o que estaba borracha, pese a que sin duda alguna Morgana de Hux era la mejor bucanera que había surcado jamás el cielo. Atrapar un rayo verde era una idea pésima, pero si existía mujer capaz de ello, esa era ella.

A pesar de que era de día, entre esos nubarrones negros parecía noche cerrada. El Demiurgo se mantenía firme y Morgana tenía el timón sujeto con ambas manos mientras contemplaba el cielo. La lluvia le azotaba la cara.

—¡A mi señal! —gritó. La tripulación se colocó en sus puestos; todas iban equipadas con los salvacaídas y preparadas para el impacto que supondría aspirar un rayo verde. Malika agarró a Irina de la cintura y la atrajo hacia sí. Entre ambas debían activar la máquina succionadora de rayos, que conduciría la tormenta hasta la reliquia donde quedaría encerrada para siempre. El cielo pareció despejarse un momento, dando paso a un pequeño claro entre los nubarrones en el que no había gotas cayendo del cielo. Morgana entrecerró los ojos, era el momento. Con toda su fuerza, experiencia y gracia mantuvo el barco inmóvil en el cielo. La presión de sus botas contra el suelo de madera no podía ser más firme—. ¡Ahora!

Gritó, pero su voz, aunque audible, pronto quedó sepultada por la tormenta. Malika e Irina apretaron el botón y el embudo de la máquina se activó. Se produjo un sonido parecido al ronroneo de un gato, que agitó el aire y provocó un remolino que se alzó hacia el embudo y empezó a succionarlo todo. La tormenta empezó a condensarse justo encima del artilugio que la estaba aspirando y se concentró sobre el barco. Las mujeres se aferraban a los mástiles y pudieron mantenerse sujetas gracias a los fuertes cabos que impidieron que salieran volando. Malika e Irina, que eran las que estaban más cerca de la máquina, se mantuvieron en el suelo, agazapadas y abrazadas, esperando a que todo terminara. Morgana hizo que la nave se moviera en círculos, algo que no resultó nada fácil; sus dientes apretados, el sudor que bañaba su rostro y los titánicos esfuerzos que tuvo que hacer para mantener los pies en el suelo eran buena prueba de ello.

Y entonces... ocurrió. De la pequeña brecha que se había abierto en el cielo, un rayo iluminó el

firmamento. Pero no desapareció en el acto, como solía ocurrir, sino que el embudo lo atrajo hacia sí gracias a su poder de succión.

El tiempo parecía haberse detenido y el Demiurgo se vio envuelto, por un instante, en un silencio y paz sepulcrales. Fue entonces cuando Morgana, Miramon y el resto de la tripulación los vio. Fantasmas. Espíritus incorpóreos rodeados de un halo verdoso se paseaban por la cubierta; parecían desorientados y examinaban el barco, boquiabiertos.

—¡Son jodidos fantasmas! —gritó Malika atemorizada.

Era cierto, se trataba de espectros. Morgana estaba tan alucinada que no pudo decir nada. Entonces, reparó en que las apariciones no eran unos ángeles ni dragones, ni ninguna otra criatura que temer del cielo. No. ¿Qué era un fantasma? Un alma en pena atrapada en otro mundo. No había de qué preocuparse. No podrían dañarla ni a ella ni a la tripulación. Una vez succionado el rayo verde, aquellos seres desaparecerían. Miró a su segundo y a su contra maestre.

—¡Más potencia! —gritó.

—¡El barco no lo resistirá! —le advirtió Malika desde el centro del barco.

El caos era total. El vendaval estaba en su punto álgido. El rayo verde atravesó el cielo. Los fantasmas pululaban por cubierta como sombras de lo que un día fueron cuerpos, pero que en aquel momento no eran más que iridiscentes presencias putrefactas o en los huesos. La mitad de la tripulación vomitó o se desmayó. Algunas marineras estaban en *shock*. El resto se limitaba a procurar no salir volando.

Irina acató la orden y puso la máquina al máximo. El rayo seguía resistiéndose a ser absorbido. La estabilidad del barco era imposible de mantener y el navío empezó a girar sobre su propio eje, convirtiendo las nubes de su alrededor en un torbellino. La madera crujía; las velas negras del Demiurgo se estaban desgarrando. El barco estaba a punto de partirse.

—¡Morgana! ¡Déjalo! ¡Ese rayo no se puede atrapar! —gritó Miramon con la piel de gallina desde la otra punta. Tenía un espíritu justo delante que parecía abortar por su belleza.

Morgana negó con la cabeza. No iba a rendirse. Cazaría esa tormenta. Había nacido para ello. O Morgana de Hux cazaba un rayo verde o jamás nadie lo haría. Miró al cielo. El rayo seguía suspendido en el aire como si saliera de esa pequeña abertura entre las nubes. Morgana lo vio claro. Giró el timón, pisó

los pedales de elevación y accionó la manivela de planeo. El Demiurgo se quejó como un viejo con artrosis, pero pronto empezó un ascenso a toda velocidad.

Las mujeres gritaron. Miramon gritó más que ellas. Hasta la voz muda de Irina llegó a sus oídos.

—¡Maldita chiflada, nos matarás a todos! —se oyó decir a Malika.

Morgana de Hux no iba a rendirse, así que miró al cielo con atención, mientras el barco subía a gran velocidad. Cuando el Demiurgo hubo culminado su ascenso y el rayo verde estaba en el embudo de la máquina succionadora, esta empezó a emitir humo y pitidos por todas partes. La esfera comenzó a temblar y, entonces, un fulgor verde mayor que cualquier fuego explotó.

La luz cegó a todos los presentes. Antes de que pudieran darse cuenta de qué había pasado, notaron cómo se volvían ingravidos y sus cuerpos se elevaban hacia el cielo. Estaban cayendo. El Demiurgo se caía del cielo. El mástil se había partido, las velas yacían desgarradas y la cubierta tenía una grieta del tamaño de un arcoíris. Se iban a matar. Morgana intentó mantener el control de barco, pero fue inútil. El Demiurgo cayó y cayó, hasta que se sacudió con violencia al estrellarse. La tripulación se precipitó sobre la cubierta como si se tratara de sacos de patatas. La tormenta había pasado. Morgana se levantó temblorosa y esquivó los trozos de su propio navío, desperdigados por el suelo.

Malika ayudó a Irina a levantarse, y cuando ambas comprobaron que estaban en perfecto estado, se fundieron en un abrazo de alivio y amor. El resto de las tripulantes gritaron, felices todas de seguir con vida. Miramon, tembloroso, se acercó a la esfera y la agarró. La reliquia dejó ver unas nubes y un rayo verde iluminó su interior. Lo habían conseguido. Habían capturado una tormenta con un rayo verde.

—¡Lo conseguimos! —exclamó el mago levantando la reliquia hacia el cielo despejado.

Los gritos y las risas de las marineras resonaron alto y claro por todo el barco.

—¡Morgana! ¡Pecosa! —gritó Miramon buscando a la capitana, pero no se la veía.

—¿Dónde está? —preguntó Malika con inquietud.

Irina atrajo la atención de su compañera y señaló el otro extremo del barco, donde se veía a Morgana asomada a la borda y tirándose del pelo. Se acercaron a ella.

—Pecosa, mira —dijo el mago enseñándole la esfera, pero la mujer, que estaba de espaldas a él, no se molestó en darse la vuelta.

—Capitana, lo hemos conseguido, tenemos un rayo verde —dijo Malika con orgullo.

—Estoy acabada... —murmuró Morgana.

—¿Qué? —preguntó Miramon cuando vio que Morgana se giraba hacia ellos con los ojos anegados en lágrimas y se agarraba a su manto—. ¿Qué ocurre?

—Oh, oh... —exclamó Malika.

Irina se tapó los ojos, horrorizada.

—¡El mar! —gritó Morgana fuera de sí, tirándose de la piel de las mejillas y provocando que sus ojos se estiraran en una mueca de horror—. ¡Hemos caído al mar! Es una vergüenza. Mi barco está... está... ¡flotando! ¡Surcando los mares! ¡Seré la vergüenza de todas las bucaneras!

El mar, grande y azul, era una promesa de vergüenza para la capitana Morgana de Hux y su tripulación. Ningún barco que se preciara podía estrellarse jamás contra el mar. El mago emitió una risa nerviosa.

—Pero... ¡has atrapado un rayo verde!

—¡A la mierda el rayo verde de los cojones! ¡Estamos en alta mar! ¡Es la mayor vergüenza de toda la historia!

—Estos nos perseguirá para siempre... —agregó Malika deprimida.

Irina movió las manos con pesar.

—Yo también odio el agua —dijo Malika cogiéndola de la mano—. Morgana, ¿qué hacemos?

Los demás miembros de la tripulación se mantuvieron expectantes; todas sabían lo que significa para su orgullo estar flotando sobre el agua. Morgana suspiró. De todas las formas en las que podrían haberse estrellado, tenía que ser así. Sería el hazmerreír de todos. Miró las caras afligidas de sus compañeras, su destino quedaría sellado para siempre, nadie las querría en sus barcos, ellas jamás volverían a surcar los cielos. Vio al mago con su reluciente reliquia brillando con un fulgor verde. Ni de coña. Morgana de Hux no pasaría a la historia como una cobarde que había acabado su brillante carrera flotando en el agua. ¡No, ni hablar! Con un movimiento rápido agarró la reliquia y la estrelló contra el suelo.

—¿Qué cojo...? —empezó a decir Miramon, pero no pudo acabar la frase.

La reliquia explotó en mil pedazos y el rayo verde detonó en el aire. El barco se partió por la mitad y las mujeres salieron despedidas hacia el cielo debido a la

onda expansiva. Los chalecos salvacaídas se activaron y las alas negras de estos emergieron, manteniendo a las bucaneras en el cielo. La tormenta se disipó tan rápido como se había creado, volviendo a dejar un cielo despejado sobre sus cabezas. Los restos del Demiurgo, hechos pedazos, flotaban sobre el mar azul como el resto de las mujeres en el aire gracias a los chalecos y al mago, que podía levitar con su magia. Todas salvo Morgana, que en ese momento sacó la cabeza del agua.

—¿Qué diablos te pasa? —gritó Miramon— ¡Estás loca!

Morgana esbozó una sonrisa.

Irina movió las manos de prisa y con una sonrisa en la cara.

—Yo también —añadió Malika—. Estamos muy orgullosas de ti, capitana.

—¿Orgullosas? ¿Estáis chifladas? Nos ha hecho volar en pedazos.

—¿No lo entiendes? El Demiurgo ha sido destruido en una tormenta intentando cazar un rayo verde. Esa es nuestra historia, nada de acabar en el agua como unas miserables.

—¡Teníamos un rayo verde!

—¡Nuestra reputación es más importante que un rayo verde! ¡Ninguna bucanera acaba en el mar! —gritó fuera de sí Morgana, estampando las manos sobre el agua.

—No me lo puedo creer... —agregó el mato disgustado.

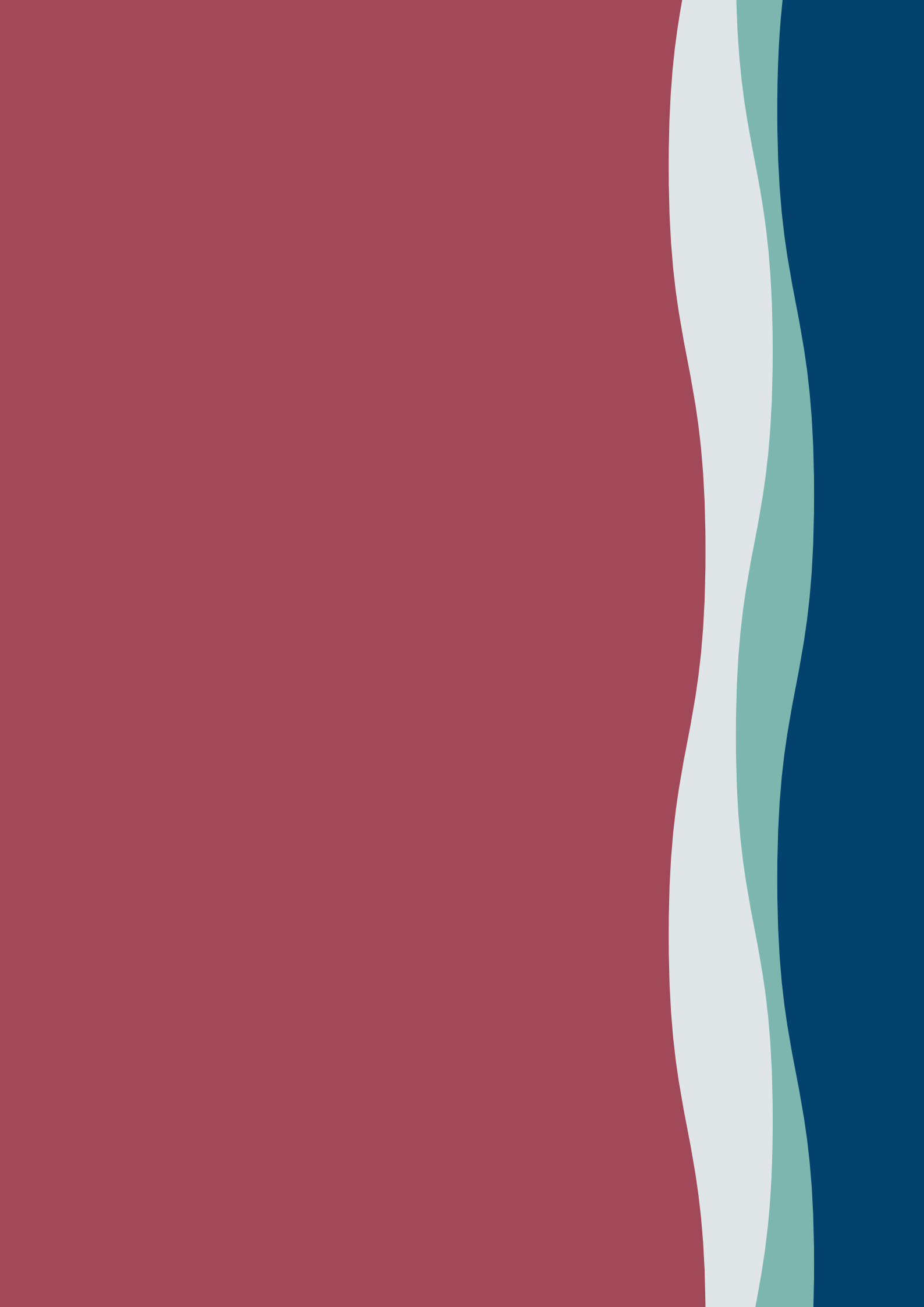
Irina y Malika le tendieron la mano a la capitana, que las cogió en el acto y las chicas la elevaron hacia el cielo, sujetándola entre las dos. Era la única que no llevaba chaleco.

—Teníamos... tenías un rayo verde.

Morgana se encogió de hombros.

—Ya lo volveré a cazar.

Un arcoíris iluminó el cielo. La tormenta había pasado. Morgana de Hux había perdido su barco, un rayo verde y puede que algo de su dignidad, pero por nada del mundo iba a dejar que nadie se burlara de ella y de su tripulación. Surcaría pronto los cielos de nuevo, habría otras tormentas que cazar, otros rayos que atrapar y, desde luego, otros cielos que explorar.



RELATO TRES

TITANOMAQUIA, SIGLO XXI

IVÁN MAYAYO

3



IVÁN MAYAYO MARTÍNEZ (LOGROÑO, 1978), HISTORIADOR Y APASIONADO DE LA LECTURA, EL CINE, LAS SERIES, LOS VIAJES Y LOS JUEGOS DE MESA, RESIDE DESDE HACE MÁS DE DIEZ AÑOS EN RIVAS VACIAMADRID CON SU FAMILIA. AUNQUE SIENTE QUE ESCRIBE DESDE SIEMPRE, ES A PARTIR DE 2015 CUANDO LO HACE DE MANERA REGULAR, DEDICÁNDOSE ESPECIALMENTE A GÉNEROS COMO LA FANTASÍA, LA CIENCIA FICCIÓN Y EL TERROR.



¡HAZ CLIC EN LOS ICONOS PARA SEGUIR AL AUTOR DE ESTA HISTORIA EN REDES SOCIALES!

«LA RUEDA GIRA, PALADÍN DE LOS HADOS,
POR LA SANGRE EN EL TRONO DERRAMADA.
¡MALDIGO MI PODER! ¡DESTINO ENCADENADO!
ASÍ COMO DESTRONASTE A TU PADRE,
POR TU ESTIRPE TE VERÁS DERROCADO».

LAMENTO DE LA MADRE GEA POR SU HIJO CRONOS

Primavera, comienzos de siglo. La ciudad modifica su rostro. En el barrio de la Blanca Paloma, cerca de la estación ferroviaria, el nuevo convento de Mercedarias Calzadas de San Fernando contempla cómo la centuria recién estrenada ya avanza de forma inexorable. El progreso deja su huella visible en la superficie, en las calles y en el subsuelo. Las obras conducidas por la Compañía del Metropolitano, que hacen retumbar el suelo durante el día, duermen de noche junto a los mendigos que buscan un refugio nocturno.

En las horas que preceden al alba los solitarios pasos del sereno, alumbrados por mortecinas farolas de gas del siglo pasado, retumban sobre los adoquines. Su figura gris, con las características bata y gorra de plato, se detiene delante de la fachada del convento de san Fernando. Saca un reloj de su bolsillo, de exótico oro rosa que parece fuera de lugar y consulta unas enrevesadas manecillas que no paran de girar.

—Es la hora —dice en voz alta.

Se persigna y entra en la iglesia del convento acompañado por el eterno tintineo de llaves y los solemnes golpes de chuzo contra el suelo. El interior está iluminado por velas y siente un intenso aroma a incienso. Destellos anaranjados animan todo un santoral de estatuas doradas y policromadas que, bajo las inevitables corrientes de aire, se escabullen y reaparecen entre las sombras como si de un juego infantil se tratase. Una monja, conocida en la comunidad como hermana Isabel, se arrodilla ante una talla de la Virgen, haciendo crujir el viejo reclinatorio de madera al más leve movimiento. Pese a su grueso hábito, no puede evitar encogerse, el frescor de la madrugada que se cuela entre las tablas llegando hasta sus huesos. Reza. Al ser la primogénita, siempre tiene a sus cinco hermanos presentes en las oraciones, envueltas en un susurro casi litúrgico. Su familia está tan perdida por el mundo como ella.

Acompañada por un frío aún más intenso, una

sombra gigantesca cubre el retablo por completo y apaga todas las velas con un fuerte susurro.

—Tic, tac, tic, tac... Hija mía, ha llegado el momento.

Una luz ilumina el crucero. El sereno se quita la gorra y surge de entre las sombras. Es un hombrecillo delgado, de pelo ralo. Su bata, ajada, está cubierta de lamparones parduscos. Los golpes de chuzo resuenan con furia mientras sostiene su reloj con la otra mano. Brilla tanto que es suficiente para iluminar parte de la estancia.

—Padre... Cronos... —exclama la monja al girarse, sorprendida—. Me has encontrado.

—Hestia, hija mía. ¿O tengo que llamarte hermana Isabel? Me ha costado encontrarte. En estos tiempos donde impera el paganismo es difícil recurrir a los poderes de antaño. Pero ¿sabes qué? Los lazos familiares no se pueden deshacer, estamos unidos. —Juguetea con la gorra antes de continuar—. He vuelto a recuperar parte de mi gloria. Todos los titanes lo hemos hecho. Los humanos de este siglo adoran el tiempo.

En la distancia se escucha un gemido que provoca que las sombras se agiten. Cronos mira impaciente su reloj. La boca, hasta ahora sonriente, se tensa.

—Se hace tarde.

Todas las velas de la iglesia se encienden al unísono.

—No, padre. No iré contigo. ¡Márchate!

Las llamas parecen saltar de un lado a otro, cruzándose entre las dos figuras a toda velocidad, formando una tupida red ígnea. Hestia mueve sus manos de forma rápida, aviva el fuego que pronto cubre todos los huecos libres. En pocos segundos la red se ha convertido en un muro.

Los gemidos se escuchan fuerte, cada vez más cerca, desde la inmensidad de las sombras. Cronos, impaciente, cierra su reloj.

—No tengo tiempo para esto.

Avanza decidido, atraviesa el incendio controlado por la religiosa. Pequeñas llamas se quedan prendidas entre su ropa y sus cabellos. Se las sacude desganado.

Un olor a quemado, dulzón hasta la náusea, llena el espacio entre padre e hija. Los ojos de la monja, llamada Hestia, se desencajan. Observa cómo su padre, el titán del tiempo, abre unas fauces desproporcionadas. Unos colmillos afilados, amarillentos, relampaguean justo antes de devorarla.

El fuego se extingue de repente, la oscuridad vuelve a llenar toda la nave de la iglesia, dejando en el ambiente cierto olor a cera recién quemada. El sereno abandona el templo acompañado de un fuerte crujir de tablas y el frenético tintineo de las llaves a la carrera.

Tic, tac, tic, tac...

Un soplo de viento, imposible, sacude la iglesia y desaparece con un alarido. El último eco de lo ocurrido antes de que la Virgen y todos los santos vuelvan a recuperar el silencio.



El diminuto edificio de dos plantas, de la Colonia Obrera, se yergue, orgulloso, entre suntuosos jardines y fuentes que dan la sensación de vivir en un paisaje idílico, alejado de la gris ciudad en la que se enmarca. Sensible al olor de las damas de noche, todavía en su papel de sereno, Cronos cruza la calle hasta plantarse ante la entrada principal de una de las casas. Usa el manojo de llaves, que canta de alegría con el entrechocamiento del metal al sentirse útil, y abre la puerta.

El salón de la pequeña vivienda está abarrotado de plantas de interior. Potos, cintas... Una mujer, de espaldas a la entrada, canta y calma a sus *niñas* con tranquilas y dulces palabras. Cada una de ellas parece vibrar al mínimo contacto y reaccionar ante el ser que les prodiga los mejores cuidados. Cronos esperaba encontrarla allí. Sabe que se pasa el día sola entre los quehaceres domésticos y sus plantas. La casa está impoluta, la cena espera sobre la mesa la llegada del marido y el aroma a entraña guisada, al ajillo, se extiende por todas las habitaciones. El falso sereno no cree que el esposo agradezca el plato caliente ya dispuesto cuando regrese de noche, borracho. Tendrá suerte si solo decide tumbarla bocabajo en la cama y no recordarle quién trae el dinero a casa a golpes. Más a su favor para que desee ir con él voluntariamente.

—La comida está sobre la mesa de la cocina —dice seca, tajante—. Cena y vete a dormir. Hoy no tengo ganas de tu aliento a aguardiente.

—¿Es esta la manera de recibir a un padre? —La desagradable voz siseante de Cronos le hace volverse alarmada—. ¡Deméter! ¡Ven a mis brazos! ¡Han pasado siglos desde la última vez que nos vimos!

Largas lianas imposibles, procedentes de todas las plantas y arbolillos del hogar, salen despedidas y se enroscan en torno a la figura del hombre vestido a la antigua que se acaba de presentar en la vivienda. Sus brazos y piernas quedan sujetos, largas cintas amordazan su boca.

—¡Cronos! ¿Qué has hecho con mi hermana Hestia? ¿Dónde la tienes? Hace días que no la siento—dice de forma enérgica, con un pequeño descontrol que delata su nerviosismo.

Un ligero temblor indica que Cronos se está riendo bajo los tallos que lo contienen. Poco a poco, las cuerdas vegetales se van volviendo lacias y se aflojan. El titán se libera, dejando a sus pies un pequeño montículo de vegetación pardusca y quebradiza. Por último, se quita la mordaza de la boca.

—Admiro tu habilidad, hija mía. Pero el tiempo pasa. El envejecimiento, incluso para estos bellos especímenes vegetales, es cruel e imparable. Ven conmigo, juntos haremos grandes cosas.

Deméter da un paso hacia atrás, en un gesto de rechazo. Choca contra los tientos a su espalda, que caen al suelo con estrépito. El barro se rompe y se desparra tierra por el piso.

—¡No! —la respuesta es firme.

—¿No? ¿Tanto tiempo llevas con los mortales que prefieres vivir con ellos, alojar su semilla raquítica y sus humillaciones? Es una verdadera pena. En fin, es igual, es la hora —dice Cronos mientras saca su reloj de bolsillo.

El brillo rosáceo atrapa a Deméter. Ya no intenta encontrar una huida, ni tiene forma de escapar. Su padre avanza, cada vez está más cerca, casi puede oler su perfume, a mirra y sándalo, un olor antiguo que emana del principio de los tiempos. La boca se abre, se desencaja y se llena de afilados cuchillos amarillos, dientes deseosos de engullir a su presa. Se cierran con un fuerte chasquido, mientras el resto de macetas caen al suelo, acompañando el bárbaro acto. Las raíces quedan al descubierto, desnudas, abandonadas. La casa se ve invadida por un crudo silencio y Cronos abandona el hogar. Sin esperar, tampoco esta vez, a que se presenten los alaridos que traen las sombras, que le amenazan y acechan cada noche

como ladrones.



El repiqueteo de la cucharilla de plata contra la copa de cristal de Bohemia hace parar el vals ejecutado por la orquesta.

—¡Quiero proponer un brindis!

Cronos, desde lo alto de las escaleras del piso superior, vestido con un batín de seda verde impregnado en perfume, interrumpe su propia fiesta. Los invitados a la residencia de Monte Otis en el barrio más exclusivo de la ciudad, sus hermanos, titanes y titánides, se vuelven para escuchar lo que el anfitrión tiene que decir.

—Quiero brindar —repite—, por el nuevo siglo que nos ha devuelto a lo más alto de forma insospechada, después de centurias mendigando por las calles, aguantando miradas de desdén por parte de la progenie de Jápeto y sus amados humanos. —Señala a su hermano, un corpulento titán bigotudo que baja la cabeza avergonzado porque algunos de sus hijos, enfurruñados con los brazos cruzados, le hacen quedar siempre en mal lugar ante toda la familia—. La humanidad nos ha otorgado nuestro poder del pasado. Nos refugiamos aquí, en esta ciudad, huyendo de la Gran Guerra que infecta el continente, el viejo hogar ya no existe. Hoy, tras pocos años, somos el dinero; un rey pelele baila al son que tocamos, nuestras redes llegan a las cortes, se infiltran en los bancos. El ser humano se ha rendido ante nuestro hermano Ceo, cuya inteligencia ha permitido grandes avances técnicos. Gracias a Océano, nos enriquecemos con el comercio de ultramar y Crío prepara a la nueva clase política que dirige los nuevos rebaños a nuestro servicio. Pero, sobre todo, los humanos de este siglo veinte son devotos del tiempo y, por eso, me habéis elegido como vuestro rey y señor.

Prometeo, hijo de Jápeto, levanta la voz:

—Os aprovecháis de los humanos, perpetuando un sistema fracasado, caduco. ¿Dónde están los Olímpicos tal y como habla la profecía de Gea? ¿Qué has hecho, Cronos, con tus hijos? ¿No deberían gobernar ellos?

Un murmullo entre las titánides indica que aprueban la intervención.

—Está escrito. Los titanes debemos liderar la nueva era. Nuestra progenie, queridas hermanas, no pinta ya nada. Su tiempo pasó y se marchitó. Es el momento

de que volvamos a tomar las riendas. En estos tiempos modernos los humanos solo son un instrumento. ¡Coperó! Por favor —indica con señas a un joven de la servidumbre que se encuentra sirviendo champán entre los invitados—. ¿Puedes subir? —dice mientras agita su copa vacía.

Prometeo abandona enfadado la fiesta. No necesita aguantar a su tío, pagado de sí mismo, ni observar nada más. Cronos no se percata de la afrenta, solo tiene ojos para el joven camarero que conduce hasta su habitación. Sus hermanos continúan bebiendo y brindando a su salud. Las titánides, sus hermanas, lideradas por su esposa Rea, murmuran su disgusto. Al rato, el rey de los titanes sale del cuarto, relamiéndose y manchado de sangre. Baja parsimonioso las escaleras, disfrutando su poder.

—Rea, querida —dice a su esposa, que dialoga en ese instante con su hermana Tetis—. La próxima semana visitaré la mancebía que regentas. Queda poco para que alcance mi meta, sé que escondes allí a mi hijo menor. Tenlo listo, estoy a punto de encontrar al resto de sus hermanos. También enviaré a Jápeto para que reclute nuevos sirvientes. Nos quedamos sin personal y esta noche me han entrado ganas de encontrar savia nueva. Diviértete, voy a acostarme. Sufro de agotamiento y todo rey necesita descansar.

Su esposa no dice nada, solo baja sumisa la cabeza y asiente levemente. Jura para sus adentros que ningún reino se construirá a costa de sus hijos y gracias al silencio de las titánides. Antes de que esto ocurra, irán a la guerra, aunque se encuentren solas. La música de la orquesta continúa, superponiéndose a las diferentes conversaciones, ocultando las miradas de complicidad entre el titán Océano y sus hermanas.



Duerme cada día, refugiado entre los escombros de las obras del futuro ferrocarril metropolitano, cerca del lugar donde se ubicará la futura estación central. Combate el frío nocturno con una pequeña hoguera en una lata oxidada, que además ilumina su refugio. Se cubre con una gastada guerrera militar rayada, lo único que trajo de la guerra en el otro extremo del mundo, que aún conserva en una de las bocamangas parte de unos galones, rojos por el rango, la sangre y la vergüenza. Le acompaña en sus pesadillas una botella de vino generoso, que trasiega las noches en las que se convierte en rey, sobre las pilas de fantasmas

que le persiguen desde los campos de batalla. Por mucho que beba no puede escapar de los muertos.

Tras mendigar por las plazas y calles más céntricas y transitadas, entra a hurtadillas en las obras, ocultándose de los vigilantes, que a veces le dejan quedarse a dormir por un par de tragos de la botella, aunque prefiere no contactar con ningún ser humano. Su propio olor a podredumbre le molesta y le cansa hablar y dar explicaciones. Solo quiere abandonarse en su trono de muerte, hundido en cavilaciones de insomne.

El eco de pasos desde lo más profundo del túnel en construcción lo pone en alerta. Es extraño, todavía no ha bebido ni la mitad del vino y no es habitual que los vigilantes hagan rondas. ¿Será algún ladrón buscando un botín fácil en un borracho dormido? El sonido se acerca de forma peligrosa, tanto que le obliga a recoger un pedrusco del suelo. Dispuesto a lanzarlo en cuanto su rival asomase la cabeza.

—Puedes ahorrarte la piedra. Hades, hijo mío, ¿no echabas de menos a tu padre?

—Cronos... —Su voz enmudece al reconocer a su estrafalario padre cuando sale del túnel a la luz—. Siendo tú, más razón tengo para lanzarte esta piedra a la cabeza. Te recuerdo que juraste devorar uno a uno a tus hijos. —Se detiene a pensar un momento—. ¡Aah! Eso es lo que noté hace unos días. El alcohol me embota. ¿A quién tienes ya? ¿A mis hermanas mayores?

—Hijo mío. No quiero ir contra ti. No cometas su mismo error. Es un tiempo nuevo. Juntos seremos grandes otra vez.

Hades deja caer la piedra, pero chasca la lengua y con un gesto invoca a todos sus muertos. El suelo se abre y se llena de manos en descomposición que acompañan a miles de cadáveres que se aferran a las extremidades de Cronos.

—Pero... —acierta a decir el titán del tiempo.

Los muertos cubren a Cronos. Cada vez son más en una cárcel de pesadilla. El gesto del titán refleja el auténtico horror.

—El paso del tiempo ya no les afecta, pues ellos solo encaran la eternidad. Ninguno de tus trucos te librá de ellos, se han convertido en tu tumba.

—¿Qué te espera ahora? —Es lo último que alcanza a verbalizar su padre.

Hades se acerca hasta el túmulo de cadáveres. No responde, le parece inútil. Da un largo trago al vino, triunfante. Vencedor sobre su progenitor, incluso

ha derrotado a la propia profecía, pues no es aún el momento. Entonces, mira la botella. La pregunta ha hecho más daño de lo que él piensa. ¿Qué le espera ahora? La misma vida de siempre, el mismo frío de cada noche, encogido entre las sombras.

—Ya, da igual —musita.

El montículo de cadáveres se derrumba de pronto. Cronos vuelve a salir a la superficie dando grandes bocanadas de aire.

—Haz lo que quieras, padre —dice Hades, entregándose de rodillas.

El titán tose, todavía sin creer que ha estado a punto de perderlo todo. Ríe como un maniaco, rechina los dientes y con un rápido gesto devora a su hijo.

¡Chas!

Cuando se gira para marcharse, los aullidos de las sombras le sorprenden desde la boca del túnel. Negras proyecciones cadavéricas surgen de las profundidades y, tras ellas, una mujer desnuda flotando entre un velo de oscuridad.

—¡Nix! —anuncia el titán, sobresaltado.

—Eres escurridizo, Cronos, pero te he alcanzado. Has jugado con las sombras, aprovechándote de mi reino para atrapar a tus hijos. No te dejaré continuar con este sinsentido. Has llegado demasiado lejos.

—¡Lejos! —exclama histriónico Cronos—. ¡No tienes poder en el plano mortal! ¡Regresa a tu reino de oscuridad! Aquí es el tiempo de los humanos el que gobierna.

Y sacando su reloj de bolsillo grita:

—¡Regresa a tu mundo!

Nix intenta tapar sus ojos del resplandor que emite el reloj. Grita de rabia antes de reconocer su derrota.

—Algún día, Cronos, te encontraré en mis dominios, te tendré a mi merced. Entonces, pagarás tu atrevimiento.

Con un chillido agudo desaparece en la profundidad del túnel. Cronos vuelve a quedar solo, en silencio, y se marcha silbando una famosa copla. Siente el poder de su progenie en el interior. Pronto podrá unir a todos sus hijos, atará de nuevo los lazos. Cuando ocurra, organizará una fiesta.



El mozo de los recados regresa de la mercería de la plaza del comercio, con abalorios y unos corchetes para un vestido. Llega agitado, con los mofletes encendidos, porque se ha entretenido coqueteando

con las modistillas que se agrupan en la puerta del establecimiento. Al entrar en la casa de tolerancia, la parte de atrás de una de las vías principales, se da cuenta de que las mujeres y el resto de muchachos se agitan nerviosos. Por lo visto, un cliente notable se aloja en el dormitorio principal y su asistente va a elegir a los nuevos sirvientes.

El recadero, al que llaman Zeus, ya lo ha visto otras veces. Chicos de los bajos fondos, chirleros, seleccionados por aristócratas para darles una vida de ensueño. Ocupa rápido su sitio en la fila que se ha formado en el salón oriental, esperando ser de los elegidos. Un hombre corpulento, con un oscuro bigote poblado, que lleva un bombín encasquetado sobre las cejas, elige los nuevos sirvientes delante del ama Rea. Zeus no sabe por qué, pero ella se ha encargado siempre de él. Lo recogió de la calle cuando apenas levantaba un palmo del suelo y le dio un hogar en la mancebía y un oficio.

Siempre le estará agradecido, pero ya es hora de encontrar su propio camino. El corazón le da un vuelco, lo han elegido a él.

—¿Es el muchacho? —pregunta el hombretón a Rea.

—Él no es, Jápeto. Pero será un magnífico criado. Aprende muy rápido. Llévate a este —dice señalando al chico de al lado, Pedrito—. Es el joven que él espera. Seguro que lo trata como a un hijo.

Jápeto coge del brazo a un muchacho delgado y cetrino, para conducirlo hasta la habitación donde espera su señor.

—¡Espera! —Rea levanta de pronto la voz y saca unos polvos con los que cubre el rostro de Pedro—. Maquillaje —aclara.

Mientras Jápeto se lleva al chico hasta la habitación, Rea da dos palmadas y manda a todo el mundo a trabajar.

—Tú, ven conmigo —dice llevando a Zeus aparte.

Rabioso porque la señora Rea le ha quitado la posibilidad de complacer a tan insigne cliente y ganar una suculenta propina, la acompaña cabizbajo hasta su habitación. Nada más entrar, el ama le tira unos ejemplares recientes de un periódico.

—¿Te dicen algo? —le espeta señalando en los periódicos unas noticias marcadas en rojo.

Zeus lee despacio los titulares impresos en grandes letras mayúsculas: «DESAPARECE EL MERCANTE POSEIDÓN EN UNA TORMENTA CERCA DEL PUERTO DE PONIENTE»; «CONMOCIÓN EN LA

CAPITAL ANTE LA DESAPARICIÓN DE LA FAMOSA BAILAORA EVA MORENO, CONOCIDA COMO LA REINA DE LAS ERAS».

—¿Esto qué quiere decir?

—¿No lo recuerdas? Todos tus hermanos han sido devorados, eres el único de mis hijos que queda vivo.

—No tengo idea de qué está hablando, señora.

—Cierto, ya es hora de que mudes de disfraz. —Y saca de nuevo un puñado de polvo que sopla sobre Zeus.

El muchacho siente cómo su rostro y cuerpo se metamorfosean. Su mente recupera las memorias que el anterior disfraz bloqueaba. Recuerda a su madre, que tiene delante, y la sensación de ausencia de sus hermanos. Reconoce los nombres del diario: Poseidón y Hera. Recuerda la profecía, su destino: el motivo por el cual Cronos lo persigue.

—Te llevaré con Jápeto. No te reconocerá. Entrarás a trabajar en la mansión de tu padre como camarero. En el momento que te acerques a su copa, vierte parte del contenido de esta bolsita. —Y le da una diminuta bolsa de cuero azul—. Será suficiente para que él pague por sus pecados y no tenga más remedio que liberar a todos tus hermanos. En ese momento, se desatará la guerra.

—¿Por qué nos apoyas? ¿No eres ahora acaso la reina?

—Esto no es reinar, es perpetuar la injusticia. Te apoyo porque eres mi hijo y vas a prometerme que todos vosotros, hermanos y hermanas, gobernaréis como uno. Si vuelves a repetir los errores del pasado, las titánides no te apoyaremos y nos encontrarás de frente, en una marea de gritos que clamarán para que se haga justicia.

Y dicho esto, Rea se marcha, dejando a Zeus encaminarse hacia donde se encuentra Jápeto con todos aquellos elegidos como sirvientes.

En la habitación Cronos espera fumando un habano. Está nervioso por recibir a su hijo y sentirse completo. Se incorpora cuando llega Pedro, con la apariencia de Zeus, gracias a los polvos que Rea aplicó en la cara del chico en el último momento. No puede esperar a que se desnude. Está ansioso. Enseguida muestra sus colmillos amarillentos, afilados, dispuestos a tragarse de un bocado al joven. El color del chico se quiebra en su rostro. Se sabe perdido, apenas acierta a sacar la faca que siempre lleva para darle una lección a los clientes agresivos. Las fauces se cierran y todo se

llena de sangre. El titán vuelve a tumbarse y disfruta cada una de las caladas de su cigarro, jugando con las volutas de humo. Al fin, se siente pleno.



La residencia Monte Otris es un continuo ajeteo. Los camareros contratados por Jápeto entran, ya uniformados, por la puerta de servicio. El gran comedor se encuentra abarrotado, titanes y titánides comparten mesa. Presidiendo, Cronos está exultante. Celebra que sus hijos han sido totalmente asimilados, la profecía no se ha cumplido. Él, titán del tiempo, se alza como el máximo gobernante del mundo. Todo aquel que podría hacerle frente está encarcelado o, simplemente, ha sido eliminado de la partida. Los camareros comienzan a servir los primeros platos y el vino espumoso. Se fija embelesado en el joven que le sirve el líquido dorado. Esbelto, pelo moreno, ensortijado. El uniforme le sienta como un guante, se le hace la boca agua. Bebe un largo trago. Solo piensa en subir con él a la habitación y darse un verdadero banquete. Las alabanzas de sus hermanos le suenan huecas. No le importan los gestos torvos en los rostros de sus hermanas. Su único pensamiento es disfrutar el ahora, mañana ya llegará la depuración. Intenta levantarse y acariciar el bello rostro del muchacho. Quiere tocar sus labios carnosos, besarlos, morderlos, devorarlos, saborearlo con fruición hasta la esencia última de su ser. Pero la mano acaricia el aire. Se siente mareado, sus piernas fallan, ya no lo sostienen. Las caras de los comensales giran a toda velocidad. Puede diferenciar el gesto de preocupación en Crío o Jápeto, pero también el de victoria en el de su sobrino Prometeo o incluso Océano. Eso no lo esperaba. Cae al suelo justo en el momento que se da cuenta de que, cuando el camarero le ha distraído, le ha puesto algo en la bebida. Antes de perder el sentido, la risa triunfal de su esposa Rea se le clava en la retina y se repite una y otra vez, hasta que todo se nubla.

Cronos despierta en su cama. Reconoce las sábanas de seda, el olor a esencias orientales e incluso las pequeñas salpicaduras de sangre, como si fuera una decoración moderna, que adornan techo, paredes y suelo. No está solo, poco a poco distingue las dos figuras que lo acompañan: Rea y el camarero. Intenta levantarse de la cama, pero no se encuentra bien. Un dolor agudo en el estómago le obliga a

tumbarse de nuevo. Cadavérico, parece un anciano en su lecho de muerte.

—¿Qué me habéis hecho? —pregunta en un hilo de voz.

—Sobrevivirás, no te preocupes. El emético que te ha dado nuestro querido hijo Zeus solo te provocará malestar durante un rato. Hasta que vomites.

—¿Zeus? —Vuelve a fijarse en el muchacho—. No es posible. Lo devoré.

—Devoraste al hijo de una humana cualquiera, no al nuestro. Te lo oculté todos estos años en el mejor escondite, delante de tus ojos.

—No. La profecía... —Una violenta arcada sacude el pequeño cuerpo de Cronos. Su boca se desenchaja y vomita a un lado restos de hueso y carne sanguinolenta.

—¡Puaj! ¡Qué asco! —exclama Rea—. Mira, ahí tienes al que pensabas tu hijo. Lástima por el muchacho. Sus servicios eran muy requeridos en la mancebía.

Las siguientes arcadas ya no producen restos medio digeridos, sino que liberan, entre grandes dolores, uno por uno a sus hijos previamente devorados. Poseidón, Hera, Hades, Deméter y Hestia. Cada uno de ellos se despereza como un recién nacido.

—¿Dónde están mis hermanos? —ruge el titán, furioso, entre arcadas improductivas que le mantienen postrado.

—Ellos no harán nada, tienen orden de no molestar. Recuerda que soy la reina —añade sonriente—. Aún tendrás arcadas durante un rato, hasta la última gota de esa bilis venenosa que te corroe. Nosotros nos vamos ya, querido esposo. No te molestes, sé dónde guardas las armas destinadas a tus hijos: los rayos, el casco de invisibilidad y el tridente. Ya me encargo de que cada uno reciba lo que le corresponde. Pronto nos veremos en la batalla. La profecía ha dado comienzo.

Y con un fuerte destello de luz, Rea y sus hijos abandonan la residencia de Monte Otris para siempre, dejando a Cronos retorciéndose de dolor.

Ciegos a los verdaderos motivos, los humanos son testigos de la guerra desatada. Los elementos parece que se han vuelto locos. Tormentas eléctricas continuas. Hay quien dice que en plena avenida Real, entre los tejados, han visto la imagen de un joven lanzando rayos. Las aguas también parecen moverse animadas por misteriosas fuerzas. Terremotos, desbordamientos de ríos y acequias e incluso olas gigantes que han

asolado los principales puertos, aun en días de calma. En medio del caos, el sol se ha retirado cubierto de forma constante por negras nubes. Hasta los muertos se levantan de sus tumbas, descorriendo lápidas, capitaneados por un general invisible. Los pistoleros anarquistas y de la patronal se asesinan en las calles, los militares hacen ruido con sus sables y hablan de revolución. Una gripe virulenta aumenta el número de cadáveres de un continente diezmado por la Gran Guerra. Los hogares explotan entre grandes llamadas, exuberante vegetación ahoga las ciudades. En menos de dos semanas, los humanos contemplan el Juicio Final.

Pero al undécimo día llega la calma. La guerra que la naturaleza estaba teniendo consigo misma ha llegado a su fin, sin que la humanidad sepa quién es el ganador. ¿Acaso importa?



Al principio le parece encontrarse de nuevo en las obras del metro, pero enseguida se da cuenta de su error. Las paredes palpitan, emitiendo pequeños reflejos verdosos y de color índigo en la oscuridad. Una figura se materializa tras él. Es joven y porta un brillante rayo en la mano que ilumina todo con una molesta luz blanquecina.

—¿Zeus! ¿Dónde estamos? —pregunta Cronos.

—En la morada de la vieja tía Nix. Jápeto ha caído, el resto de los que lucharon junto a ti se han rendido. Jamás escaparás de esta prisión. Ni siquiera con los rayos, o cualquiera de las armas que escondías, me atrevo a permanecer tanto tiempo aquí. —Un gemido prolongado se hace cada vez más audible—. ¡Escucha! Ya llega la tía acompañada de sus sombras. Lo siento, padre, pero he de marchar. Tengo un mundo que gobernar, tal y como se lo prometí a madre. La guerra ha terminado. Este es tu destino.

—¿Me vas a dejar solo? Tú también vivirás mis miedos, hijo. Desearás devorar a tus vástagos para que no te arrebatan el trono.

—Eso no ocurrirá. Adiós, padre.

Con un destello cegador, Zeus desaparece. El túnel vuelve a sumirse en la oscuridad palpitante del principio. Los desgarradores gemidos alcanzan a Cronos y a Nix, desnuda entre las sombras aparece junto a su sobrino.

—¡Vaya! ¡Parece que volvemos a vernos!

—¡Nix, vieja bruja! ¡Libérame! ¡No tienes poder sobre

mí! —amenaza Cronos.

—Te equivocas, querido. Estás en mi reino. ¡Quien no tiene poder eres tú!

Y, con un fuerte alarido, cadavéricas manos de sombras se clavan en el cuerpo del titán, desgarrándolo y haciéndolo jirones. Cronos ya no siente el tiempo a través de él, solo un intenso dolor. Sus dientes se quiebran y su carne se torna polvo. Giran los engranajes, el ciclo continúa. Su cuerpo se recompone y la tortura comienza de nuevo, lentamente, hasta la eternidad.

Epílogo

Hades, entre las obras de los túneles del ferrocarril metropolitano, da una patada a una lata quemada que sale despedida y resuena contra las piedras. Huele a heces y sudor. Este es su lugar, el primer rey del subsuelo, del inframundo. Tras la victoria contra los titanes, las diferencias con su hermano Zeus han provocado su marcha del Olimpo. En sus dominios nadie le molesta.

Un repentino eco de pisadas lo tensan de inmediato, alerta.

—¿Recordando viejos tiempos? —pregunta una voz familiar.

Hadas se gira para encarar a su hermano menor Zeus.

—¿Qué vienes a buscar? Este es mi lugar, me expulsaste temeroso de que te disputara el trono —responde encogiéndose de hombros—. ¿Qué haces aquí? Ya tienes lo que querías, tu emporio celeste.

—No es eso. Algo ha cambiado desde que te fuiste. Me he casado y ahora voy a ser padre de una niña. Se llamará Atenea.

—¿En serio? Me alegro —responde con sincera mezcla de asombro y sorna—. Espero que sea la primera de muchos.

—Gracias... Mira... Nadie sabe... Últimamente le doy vueltas a algo. ¿Tenía Cronos el don de la profecía igual que Gea? Sus últimas palabras me inquietan. No puedo dejar de escucharlas, me persiguen.

—Olvídalas. Hermano, tenemos nuestras diferencias, pero no eres un monstruo. ¿Acaso te comerías a tu hija?

Zeus baja la cabeza, avergonzado, antes de responder.

—Es peor —afirma—. He devorado a mi esposa embarazada.

Hades da un paso hacia atrás involuntario, como muestra de rechazo. A continuación, escupe sus palabras.

—Entonces, te has perdido y has traicionado todo lo que juraste proteger. Me alegro de tener mi propio reino aquí abajo.

El olímpico no puede contestar, porque en ese momento su boca se desencaja por los gritos. En la frente de Zeus, de pronto, se abre una profunda herida de lanza. Hades contempla maravillado el nacimiento de Atenea, que haciendo palanca con casco y escudo se abre paso desde dentro del cráneo. Libre. La inteligencia se sobrepone a los chillidos de dolor del progenitor y una voz infantil, diosa combativa, pregunta:

—Padre, siento tu culpa. ¿Qué has hecho?

Clic, clac. Otra vuelta de la rueda del destino. La profecía se ha cumplido.



4

RELATO CUATRO

ALGO BONITO

LAURA LÓPEZ



LAURA LÓPEZ ALFRANCA (MADRID, 1983), OPOSITORA Y ESCRITORA VOCACIONAL, HA ESCRITO VARIAS NOVELAS, DE LAS CUALES HA PUBLICADO *LA OTRA CARA DEL ESPEJO*, *LA TIERRA ESTUVO ENFERMA*, *LA MADRIGUERA DEL CONEJO*, *EL REINO ETERNO* Y *VIDA EN PAUSA*, QUE FUE GANADORA DEL IV PREMIO DE NOVELA ROMÁNTICA KIWI RA. ASIMISMO, HA PUBLICADO RELATOS EN VARIAS ANTOLOGÍAS Y OTRAS TANTAS REVISTAS.



¡HAZ CLIC EN LOS ICONOS PARA SEGUIR A LA AUTORA DE ESTA HISTORIA EN REDES SOCIALES!



Los procesos de obtención de productos vegetocárnicos requieren trabajadoras fuertes y que den productos de calidad. No importan los riesgos a tu salud en el proceso de recolección, es el único trabajo para las mujeres de tu clase en este mundo. Da a luz a nuestro alimento y te pagaremos. Todo lo demás es accesorio. Incluso tus derechos como ser vivo y laborales.

Los quejidos de su compañera de camastro la despertaron. Sintió la mano buscando la suya. No atinaba por los temblores. La llamaba entre dolores insoportables. Incapaz de moverse a causa de la enorme tripa productora, Aya'ra hizo caso a su muda súplica. Entrelazaron lianas. Se arrepintió. Hacía demasiado calor. Siempre hacía demasiado frío o demasiado calor para que pagasen. La climatización tenía un precio desorbitado. Disminuía beneficios.

Miró al somier de madera gris de la cama de arriba. Por curiosidad, midió la distancia libre entre su barriga y el hueco superior con sus frondes. Muy poco. Activó el reloj de pulsera para comprobar la evolución del proceso vegetocárnico. El peso era ideal y la calidad, superior. Sonrió. Eso serían al menos cinco días de descanso.

Un siseo y los aspersores expulsaron vapor de agua tan puro como insípido. Un haz de luz neutra alimentó la clorofila con lentitud. La vida dentro del matadero no tenía sabor, olor o color.

Su compañera sollozó. Comenzó a respirar con ella. Se acomodaron en menos de un minuto. Conocían las directrices de actuación a la espora.

—Aya'ra... Es muy pronto.

No le respondió. Le dio al reloj de muñeca y luego al del cabecero de la otra cama. Los datos indicaban que era el momento. Pobre. Era novata. No podía sacar más de su fitología.

—No está mal. Puedes tener tres días de descanso y la calidad es buena.

—Necesito más dinero.

La comprendía. Siempre se necesitaba más dinero. Sintió. Era mejor no hacerlo.

—Pide una compensatoria de actividad —le sugirió—. Así podrás estar los próximos tres días de trabajos de limpieza y podrás reiniciar el proceso vegetocárnico. Acumularás días.

La respuesta fue un grito. Una mano metálica emergió por entre las camas. Las separó. También bajaron

el cristal ahumado. Ya no podía escuchar a la novata al otro lado. No oía nada alrededor. Cerró los ojos. Debía concentrar energías en el proceso de maduración.



Un ruido hueco la despertó. La cama se inclinó. Se levantó contra su voluntad. Las señales luminosas le indicaban su destino. Caminó por el recinto semiexterior. Querían adelantar el proceso de recolección. ¡Malditos cabrones explotadores! Lo que fuera con tal de no pagar de más. Se colocó la mano en la tripa. Se movió bamboleante y lenta, insegura. Todavía podía engordar el *stock* unos veinte ialores. Esto demostraría a la patronal su poder. Entró al patio aséptico con gesto de superioridad. Las más veteranas estudiaron los progresos aparentes de su *stock*. Ella se acercó.

—Queridas, os veo muy delgadas —dijo con maldad.

—Aya'ra, no hace falta ser tan humana —saludó Vie-le con un abrazo.

Era una de sus mayores competidoras. No tanto por la calidad, sino por el increíble atractivo del *stock* que producía. Iridiscente tirando a diferentes colores según los estímulos. Si su fitología fuera capaz de lo mismo..., podría vender a distribuidores *gourmet* sin intermediarios.

—Hay rumores que hablan de que te quieres pasar a Venury Pleasant —comentó una.

No se molestó en recordar su nombre. Dentro solo le interesaban tres criaturas. Una era ella misma. Las demás importaban una vez fuera.

—Todas recibimos propuestas de Venury Pleasant, sus *startups* pagan mucho mejor el material de buena calidad —les recordó Vie-le.

—Sí, cuidan mejor de sus productoras vegetocárnicas.

Silencio. Nadie se atrevía a decirlo. Todas pensaban en lo mismo. Suspiraron. Era mejor callar.

—¿Habéis escuchado lo de la nueva? Narcere se llama —comentó Lotur con preocupación.

Siempre se interesaba de las demás. Era su trabajo como líder sindical.

—Dicen que pidió quedarse con su primera remesa y hacer efectiva la cláusula instintiva.

Aya'ra tembló de repugnancia y asombro.

—No sabía lo que saldría —prosiguió Lotur—. No le dieron la formación como a muchas nuevas y así pasa.

—No sabía que lo que saldría de su capullo sería un monstruo.

—Amorfo.

—Apenas vivo.

—¿Arrojó la mercancía? —preguntó Vie-le.

No se debía dañar el stock, nunca. Un golpe, incluso uno pequeño, echaba a perder el stock vegetocárnico. Tenías que responsabilizarte de los gastos.

—La detuve y le pagaron lo que merecía. Era calidad extra.

—Me alegro por ella —replicó Aya'ra con sinceridad—. Le habrían despedido y las nuestras no tienen muchas opciones de ganarse la vida en las colonias humanas.

La alarma sonó. Se formaron grupos. Se pusieron a caminar bajo la luz neutra. Las conversaciones giraron alrededor de sus problemas dentro de la empresa.

—Pide que usen agua con más calcio. El agua pura no sabe a nada —pidió Vie-le.

—Luz de color cambiante.

—Hilo musical.

—Televisión de nuestro planeta.

Ella no escuchaba aquellas tonterías. Todo eso eran lujos. Te los cobraban. Bastante costó conseguir agua y luz gratuitas. Solo porque formaban parte del proceso vegetocárnico. Tal vez debía cambiar de empresa a una en la que la cuidasen como profesional. En sus evaluaciones quedaba muy claro: era de las mejores en su campo. Producía mucho y mejor que otras.

—El sindicato no hace milagros —les recordó Aya'ra—. Todo lo demás son lujos innecesarios.

—Pero...

—Traeos el entretenimiento de casa o pagadlo. El sindicato está para lo necesario.

—Bien dicho. Aunque entiendo vuestra frustración —trató de conciliar Lotur.

Ese también era su trabajo.

—Aunque podría hacerse un cambio en las zonas comunes. Este patio de cemento y luz neutra es deprimente. Pero tendríamos que pagarlo nosotras.

Ganar votos, el otro. A veces se pasaba de lameculos de ambos bandos.

Otra alarma sonó.

Podían volver a los camastros.

—Os veo fuera —se despidió.

Poco importaba la vida allá dentro. Eso solo era trabajo, no la realidad.



—Mierda.

El proceso de maduración había finalizado.

Empezaba la fase de recolección. Sincronizó el reloj de cabecera con el de su muñeca. Suspiró, aliviada. Su stock había superado las expectativas. Gritó de dolor. Accionó la llamada de recolección. El cristal ahumado la aisló. Las manos metálicas la alzaron a su postura cómoda favorita. Le pusieron su música preestablecida. El dolor aumentó. Marcó las respiraciones en su cabeza. Otra contracción.

—¡Joder!

No podía pedir analgésicos. No podía permitírselos. No sin afectar a la calidad del producto.

Los tentáculos de metal emergieron de los pies y postes de la cama. Se introdujeron por su pistilo. Ya no escuchaba el silbido de las sierras al cortar. Se había acostumbrado. No así como al proceso de contabilidad. Más manos entraron en su cuerpo.

Los sintió colocarse en sus puestos.

Los sintió trocear el stock.

Trataban de no dañarla. Sin embargo, sentía el movimiento en el ovario. Era muy desagradable. Casi tanto como la visión de los cuatro brazos del producto saliendo de ella. Quiso vomitar. Respiró hondo. La obligarían a pagar la lavandería. Recordó los ejercicios de relajación. Su cabeza se mantuvo fría ante la descarga de mercancía. Brazos, piernas, dos o tres cabezas... Poco importaba. Era un monstruo sin vida. Su sueldo.

—Acaba el trabajo, idiota —se dijo, furiosa—. Te timarán como no estés atenta.

Se concentró en la extracción y los datos. La empresa aprovechaba la debilidad de la madre. Tendían a cambiarlos a su favor. En este caso, al menos contó siete trampas con la calidad del producto y trece con el peso. La cama se inclinó. Sentía el cuerpo débil. Se tuvo que agarrar al carrito. Casi se cayó.

Suspiró.

Tocaba la parte más difícil.

Empujó el almacén de metal.

Traqueteó.

Aullaba como un espíritu maldito.

Se apoyó contra la pared izquierda de camastros. Ninguna se levantó. Por eso separaba ambas vidas; por el dolor de la soledad. Camas en un pasillo estrecho hasta donde alcanzaba la vista. Nadie se molestó. Sintió. Reprimió el llanto.

La novata de detrás le demandó más rapidez. Se giró. Su verde estaba tan deslucido como el suyo. Se hacía la dura. No tendría un contrato estable. La

pobre infeliz creería en sus posibilidades. No le dijo nada. No merecía la pena. Siguió el camino gris lleno de mujeres con carritos. Procuraban no echar un vistazo al carrito. Algo podía devolverte la mirada, algo con tus ojos. Alzó la cabeza bien recta. Quería evitar esa imagen.

Esa imagen le rondaba en su imaginación.

Su imaginación se desdibujaba en el gris.

El gris que la rodeaba, su mundo.

Un mundo del que no podía escapar, deprimente.

Deprimente como sus posibilidades de supervivencia.

Supervivencia en un mundo humano, comida... Esa imagen siempre la perseguía.

Agitó la cabeza. Había entrado en bucle.

Cuenta. Cuenta quién va delante. Cuenta quién va detrás. Estudia su *stock*. Haz inventario de tus competidoras. Analiza tus posibilidades. Luego, salte del camino.

Instintivamente, se lanzó contra la puerta de Recursos Humanos. La abrió con el carrito. Aceleró el paso. Miró. El producto estaba intacto. Escuchó voces. Ignoró las órdenes. Era hora del ataque. Paró en el despacho del jefe. Tembló. Los humanos eran desagradables en su construcción tan cárnica. Seres similares a su especie contruidos con materiales erróneos.

—Aya'ra, ¿necesitas algo? —preguntó el hombre.

Movió su vello facial. ¿Por qué pelo en vez de hojas? Repugnante.

—Sí —dijo sentándose—. Dado que mi sindicato ha ignorado mis peticiones para una entrevista, he decidido que ya era hora de que se me escuchase: exijo un aumento en mi salario o me marcharé a Venury Pleasant.

El hombre sonrió. Iba a chantajearla.

—No sé por qué os ponéis así. Estáis alimentando a la humanidad a través del regalo de la creación de vida. Eso es algo bonito.

—Por eso no hay casi mujeres trabajando en esta empresa, ¿verdad? Porque les parece que lo que hacemos es precioso —sentenció ella.

Era mejor jugar sucio desde el principio.

—Querida, eres una de nuestras mejores empleadas.

—Lo sé. Tengo copias de seguridad de las evaluaciones de los últimos siete años —cortó—, guardadas en diferentes dispositivos inaccesibles desde las redes.

Primer desarme. No podría falsear sus datos.

—Pero la situación económica no es fácil para nadie.

No ganamos suficiente dinero —comenzó su jefe con falsa pena.

—Las acciones han subido diecisiete puntos en un índice Nikkei, el de tres Nueva Yorks y el de Júpiter —recitó de memoria. Había hecho muy bien sus deberes.

Segundo desarme.

—Somos una empresa familiar, no podemos pagar a nuestros trabajadores como nos gustaría. Tampoco debemos —aseveró el humano.

Ya empezaban las amenazas.

—No se considera una empresa familiar cuando se especula con sus acciones en al menos cuarenta y siete bolsas diferentes. No se aplican las leyes proteccionistas de la misma forma.

El hombre tembló.

—¿Vas a darme más excusas? —le retó Aya'ra.

—No vamos a subirte el sueldo. Tu calidad y cantidad han decaído y tenemos...

—Nada, he grabado y enviado los datos a dispositivos externos.

Mentira, pero efectiva. El humano estaba picando.

—Pues, entonces, márchate. Puedes...

—Recoger mi *stock* e irme. He hecho seguimiento de mis gastos y sé lo que me tenéis que cobrar. Este *stock* se viene conmigo a Venury.

Las manos de él temblaron.

—¿Te crees tan valiosa? ¿Que realmente vendes tan bien? —prosiguió su jefe.

Y allí entraba ella con su estocada final.

—Para los siete restaurantes vegetocárnicos de la ciudad, sí. He revisado su basura y en todas había restos de mi ADN.

Benditas pruebas de paternidad desechables.

Bendito silencio acusador.

—¿Qué quieres exactamente? —inquirió el humano.

—Muchas cosas, la verdad.



Al fin consiguió la subida y alguna otra ventaja, como la climatización para todas. También que no le tocaran sus cinco días de permiso. Era una victoria pequeña, apenas una gota en el mar empresarial. Apenas una historia entre millones dentro del madero. Por lo que solo le importaba a ella. Aunque cada vez le daba más igual. Sobre todo, ahora que salía del trabajo. No necesitaba más. Por primera vez en años, salió de allí con una mueca. No tenía que ver

con la libertad. Era la posibilidad de una vida mejor.

Era la posibilidad de...

De...

Llovía y el agua estaba fresca, sucia.

Sabía a mierda, pero era mejor que la del Matadero.

A su pesar, se paró como todas sus compañeras encima de la tierra que rodeaba su puesto de trabajo. Siempre lo hacían tras tanto tiempo encerradas; como si se hubieran olvidado de lo que era el mundo de verdad. El sol salía de cuando en cuando por entre las nubes grises, azules, blancas... Ah, cuántos matices en tan poco espacio. Más allá del inmenso prado se extendían los altos edificios de cristal reflejando la luz del astro y creando un mundo lleno de matices. Había mucho ruido, coches, voces, pasos, tecnología... El mundo cantaba alrededor con ritmo propio.

Sus pies empezaron a echar raíces y deseaban moverse. Escuchó unas palmas e imitó el ritmo. Cantaron sin importar que el aire contaminado les llenara los pulmones y las hiciera toser. Ya se encargarían sus pieles de limpiar el mundo. Una de sus hermanas le cogió de los frondes y tiró de Aya'ra para bailar. La siguió y tomó las lianas de otra. Las raíces se clavaban en la tierra y se mezclaban las de unas y otras para compartir su corazón. Había mucho dolor, una pesadumbre que se estaba diluyendo a fuerza de sol nublado, tierra y agua sucia. Canciones que hablaban del hogar que ya no existía; de amores perdidos, encontrados, y hasta de estupideces como la búsqueda de la felicidad. Por unos momentos, no eran productoras, no pensaban en *stock*, en sobrevivir. En que lo que hacían era *algo bonito*. Las penas del trabajo, sus mezquindades y maldades quedaban dentro de las paredes. Fuera, solo había vida. Una vida que esperaba paciente a ser celebrada.



RELATO CINCO

EL NO DRAGÓN D'HARAS

ESTRELLA INGLÉS

5



ESTRELLA INGLÉS MARTOS (CARTAGENA, 1997), GRADUADA EN ESTUDIOS DE ASIA ORIENTAL, ADORA LOS GATOS Y LOS VIDEOJUEGOS. ESTUDIA JAPONÉS Y EMPEZÓ A ESCRIBIR PORQUE LAS LECTURAS SE LE QUEDABAN CORTAS. HA ESCRITO ALGUNAS HISTORIAS QUE HA PUBLICADO EN LAS REDES SOCIALES Y OTRAS QUE, EN CAMBIO, ESTÁ TERMINANDO O BUSCÁNDOLES CASA.



¡HAZ CLIC EN EL ICONO PARA SEGUIR A LA AUTORA DE ESTA HISTORIA EN REDES SOCIALES!

El gremio estaba lleno. Extrañamente lleno. Lo habitual era que, a esa hora, Ruai apenas estuviera despierta, con sus tatuajes blancos sobre la piel azulada y un bostezo cada tres palabras que pensaba. Pero aquella mañana la helim se encontraba de pie sobre el mostrador, haciéndose ver con sus casi dos metros, a los que les añadía unos centímetros con el moño de pelo blanco.

—¡Al que no cierre la puta boca lo echo a patadas! —se oyó gritar a Ruai por encima del revuelo.

Todo el mundo pareció obedecerla. Sika no supo si era porque Ruai intimidaba de por sí o por aquella extraña influencia que podían ejercer los de su raza. Sika se bajó hasta el cuello el pañuelo que le adornaba la pelada cabeza, enredándolo con las gafas que usaba para protegerse de la tierra. Se cruzó de brazos y siguió observando a Ruai gritar. El gremio estaba en penumbras, pues casi todas las velas se habían ido apagando con la marabunta. Era agobiante estar allí dentro.

—Supongo que todos estáis aquí por lo del bicharraco —continuó diciendo Ruai—. Como comprenderéis, es una caza grande, pero sería estúpido que todos fuerais en manada como locos a por ella. Así que lo primero que os voy a decir es que deberéis pagar dos monedas de oro para apuntaros.

La gente comenzó a protestar y Ruai siguió impasible sobre el mostrador de madera. Observó en silencio cómo los que más se habían quejado salían del gremio. Con cada portazo las paredes de tierra vibraban y dejaban caer arena sobre ellos. Sika se sacudió el hombro descubierto con parsimonia y se fijó en que alguien, frente a ella, sacaba una bolsa de cuero. Llevaba una capa de color verde pino, con la capucha puesta. Escuchó la bolsa tintinear sobre las manos llenas de manchas y un instinto que creía ya perdido despertó. Observó las tres monedas que cayeron sobre la palma de la persona que tenía delante y tuvo que rogar a Sailox para que le brindara fuerza para no cogerlas y echar a correr. Por suerte, el vozarrón de Ruai la salvó de cometer otro delito.

—Bueno, parece que los gilipollas ya se han ido. —Sika miró a su alrededor, apenas quedaban diez personas. La helim bajó al suelo y se colocó tras el mostrador—. Vale, los que quieran apuntarse, que hagan fila. Quiero vuestros nombres y las dos monedas de oro, ni una menos, pero sí que acepto una más.

Algunas risas llenaron la estancia mientras Sika se veía arrastrada hacia la fila. La figura encapuchada estaba justo delante y parecía titubear en sus pasos. Evitando la tentación de quitarle la bolsa que le colgaba alegremente del cinturón, se pasó las manos por la espalda y agarró el eje de su lanza con fuerza. Mientras pensaba en las oraciones que su hermana Ata recitaba todas las noches a los dioses gemelos, siguió avanzando.

—Quítate esa capucha. Aunque seamos el asentamiento más alejado de la capital, podrían detenerte al confundirte con un furtivo, muchacho.

Sika abrió los ojos, interesada por el que iba delante de ella. La figura titubeó al principio, pero obedeció. Sika observó que toda su piel estaba llena de manchas; tenía la piel morena, como ella, pero las manchas eran muy blancas. Había escuchado algo sobre aquella condición cutánea, pero no recordaba el qué.

—¿Cómo te llamas? —insistió Ruai dando golpes en el mostrador con su lápiz de grafito.

—Cedr... —comenzó a murmurar el joven para luego callarse—. Ced —contestó, por fin, haciéndose oír—. Solo quería saber si...

El joven dejó de hablar para pasarse una mano temblorosa por el cabello anaranjado. Tenía mechones cobrizos y algunos negros. Había regañado lo suficiente a su hermana Baset para saber que esos tonos eran culpa de aquel tónico que aclaraba el pelo y, a su vez, lo destrozaba. O ese chico quería quedarse calvo o escondía algo. Sika frunció el ceño y se adelantó para acercarse al mostrador y apoyarse en él. El joven dio un salto asustado y la miró. La cara, al igual que el resto de su piel, estaba moteada; sus ojos eran los más verdes que había visto nunca y sobre uno de ellos descansaba una ceja completamente blanca. Sin duda, entendía por qué quería esconder un rostro así tras la capucha.

—Date prisa, renacuajo, algunas tenemos que comer de esta caza —exclamó Sika esperando a que reaccionara.

El joven abrió los ojos y, tras mirar un momento a ambas mujeres, se apartó del mostrador.

—Di... Disculpad. No quería haceros perder el tiempo —murmuró.

Sin decir nada más, se sentó en una de las mesas del fondo, volviendo a colocarse la capucha. Ruai y Sika se miraron con sorpresa hasta ser interrumpidas por una risa ronca.

—Has asustado al crío con esa cara que tienes —dijo la voz de la risa.

Ruai suspiró con suavidad y le tocó la mano a Sika mientras esta se giraba con el ceño fruncido.

—No le hagas caso, Masika. No merece la pena —le susurró Ruai. No quería otra pelea en su gremio.

Aun así, Sika se encaró con el hombre. Era un poco más alto que ella, aunque ambos contaban casi con la misma musculatura, y tenía bigote y el pelo algo canoso.

—Pensaba que te había quedado claro que no quería verte más por aquí, Kafele —advirtió Sika con autoridad.

—Ya sabes lo que dicen: Sailox solo se doblegó una vez ante el hombre. Es mi momen...

Antes de que pudiera terminar de hablar, Sika cogió la lanza y con maestría la giró entre sus dedos para darle con la base en el estómago. El primer golpe hizo retroceder a Kafele. El segundo, un poco más abajo, le hizo tirarse al suelo y gritar de dolor.

—Por suerte, Sailox castigó a su agresor —dijo entre dientes Sika mientras se volvía hacia Ruai—. ¿Dónde se vio a la caza por última vez? —preguntó con enfado.

Ruai apartó la mirada de Kafele, que había comenzado a maldecir a la diosa, y suspiró.

—En el túnel 374, dirección a las montañas. Ten —dijo, dándole una hoja. En ella había un dibujo de lo que parecía un reptil—. Por lo que me han descrito, parece un lagarto gigante del oasis. Es raro que estén tan cerca de H'aras.

En el grafito parecía inofensivo, pero si algo había escuchado de aquellos lagartos era que podían medir perfectamente seis metros de largo. Sika estaba acostumbrada a lidiar con bichos gigantes cada día. Cavar túneles no solo le había dado aquellos brazos, sino la posibilidad de ver desde escarabajos a larvas de gusanos gigantes. Por suerte, y gracias a los dioses, nunca se había encontrado con uno ya crecido.

—No vayas sola —le pidió Ruai cuando se separó del mostrador—, espera a que alguien te acompañe.

Sika le miró y con una sonrisa le tocó el tatuaje con la forma de Sailox que tenía en la muñeca.

—Vete buscando otro bicho para mañana y resérvamelos. Y dile a mis hermanas que hoy no voy a cenar.

Sika se apartó, sin dejarle protestar. Se colocó la lanza sobre el hombro, pensando en el buen trabajo que había hecho. ¿Qué había más satisfactorio que darle una lección a un gilipollas como Kafele?

—¡Pero si no ha pagado! —le escuchó protestar cuando pasó a su lado.

—Cállate la boca, capullo —le gritó antes de cerrar la puerta del gremio.



El montacargas dejó de subir cuando llegó al túnel 374. Tercer piso, séptima columna, cuarto eje. Sika había ido directa hacia él, recorriendo la ciudad subterránea de H'aras en un santiamén. Aunque no estaba muy orgullosa de su pasado callejero, este le servía ahora para evitar atascos en los montacargas o derrumbes provocados por el mal mantenimiento de la arenisca. La estructura de la ciudad no era tan sólida como la de Bellum, la capital del reino. Pero era normal; eran el último asentamiento, la última zona antes de un inmenso bosque que separaba el desierto de la costa, el hogar de los Mil Reinos. Nadie necesitaba ir a H'aras, así que a nadie le importaba que dentro de un tiempo la arena se tragara la ciudad.

Cuando llegó a la entrada, que, sin ninguna sorpresa, estaba sin vigilancia, encendió la linterna que llevaba en el hombro. Había tenido que ahorrar año y medio para poder comprarla, ya que funcionaba con una llama sin necesidad de combustible. Y aunque la batalla del Ocaso hacía quince años había hecho que el reino de Bellum prohibiera todo tipo de magia, los mercaderes no desaprovechaban la oportunidad de vender pequeños objetos mágicos para lucrarse, ya que aquello escapaba de la ley.

Sika sacó de nuevo el dibujo del lagarto y suspiró. Aún quedaba más de medio día hasta que fuera de noche. Y, pese a que dentro del túnel la luz del sol no importaba, prefería darse prisa, pues si llegaba hasta el final, prefería poder ver algo. Siguió andando hasta el pequeño altar que había incrustado en la tierra y observó la estatua de los dioses. Ambos miraban hacia el cielo. La espada de Sailox apuntaba hacia arriba, con un rostro que mostraba la fiereza digna de la diosa. Loxias, por su parte, tenía las manos alzadas, representando que sujetaba la tierra del túnel para que este no se derrumbara. El rostro del dios, al contrario que el de su hermana, se mostraba sereno. Sika inclinó la cabeza dos veces en señal de respeto, pidiéndoles fuerza y sabiduría para ayudarlo contra la bestia a la que se iba a enfrentar. Tras el pequeño rezo, se adentró en lo más oscuro tarareando una de aquellas canciones que le cantaba su madre cuando

era aún joven e inocente.

Caminó durante lo que calculó que fue un kilómetro sin ninguna novedad. Aunque era la primera vez que estaba en aquel túnel, al final todos eran iguales. Trabajar cavándolos había hecho que años atrás les perdiera el miedo, sobre todo a esos que, como aquel, no estaban pensados para ir de un asentamiento a otro. Ese túnel parecía más bien abandonado o para la ventilación, ya que no había ninguna antorcha de emergencia ni el suelo estaba pisoteado para hacer más fácil el viaje.

Dentro no se escuchaba nada, y aunque estaban a unos treinta metros bajo la superficie, seguía haciendo un calor asfixiante. Sika decidió quitarse las gafas protectoras y secarse el sudor de la frente con has-tío. Siguió andando, atenta al ruido o a la vibración del suelo, pero estaba completamente sola, lo cual debería ser un motivo para que su corazón se calmara. Y, sin embargo, latía acelerado. Conocía demasiado bien la naturaleza de los túneles para saber que aquel silencio era, cuando menos, motivo de alarma.

Siguió andado, intentado recordar algo sobre los lagartos gigantes del oasis. Sabía que eran de sangre fría, como los dragones de las montañas, sus gigantescos primos, así que supuso que el lagarto que estaba cerca de la ciudad estaría en algún lugar cálido. ¿Por qué no se encontraría entonces en la superficie, tomando el sol? Sika frunció el ceño (más de lo que ya lo tenía, pues este siempre adornaba su cara). La mujer se conocía los túneles de memoria, podía esconderse en cualquier lugar y sabía manejar cualquier objeto como si fuera un arma. Sin embargo, nunca había conseguido interesarse por la lectura como su hermana Ata o por tareas menos peligrosas como las que acostumbraba a hacer su hermana Baset. Sika había preferido desde siempre acompañar a su padre a los túneles, ya que, si había suerte, algún día veía la superficie, el sol y la inmensa capa de arena del desierto que había sobre ellos. Por eso, cuando su padre murió en un derrumbamiento, ella no tardó en ocupar su puesto. Aquello de aprender a escribir o estudiar su propio mundo era algo que nunca había ido con ella. Y ahora lo lamentaba por no poder saber qué llevaba a un lagarto gigante a esconderse bajo tierra.

Calculó, entre aquellos pensamientos, que llevaba unas dos horas andando cuando decidió parar a descansar y comer algo. Sabía que era la hora de la

comida porque su cuerpo tenía un reloj exacto para ello. Cuando se sentó en el suelo, sus tripas comenzaron a rugir, casi retumbando en todo el túnel. Con calma rebuscó en la bandolera que llevaba cruzada en el pecho y sacó el trozo de pan y la cecina que había cogido para desayunar antes de salir de casa. Como había salido corriendo para ser la primera en acabar con el lagarto, no había cogido nada más, así que esperaba terminar antes, o tal vez se moriría de hambre. Se dispuso a comer con calma, pero algo le hizo soltar la comida de golpe y coger la lanza. Se puso de pie en un instante y arremetió contra la sombra que había captado su ojo derecho en cuanto se había metido la cecina en la boca.

La sombra aulló de dolor y cayó contra la pared del túnel, haciéndolo retumbar. Sika bajó el arma y apuntó con la linterna hacia el lugar del impacto.

—¿Qué coño haces aquí? —preguntó la mujer con enfado.

Kafele estaba apoyado en la pared, jadeando y observando la sangre que le manchaba el bíceps izquierdo. No parecía nada grave.

—Lo mismo que tú —respondió el hombre mirándola brevemente para dirigir la atención hacia su herida.

—Te lo vuelvo a preguntar —amenazó Sika empuñando la lanza—. ¿Qué haces aquí sabiendo que no te quiero cerca?

Kafele suspiró y bajó el brazo herido. Parecía cansado mientras se peinaba el bigote con dos dedos del brazo sano.

—Masika, no entiendo por qué me odias tanto. Antes...

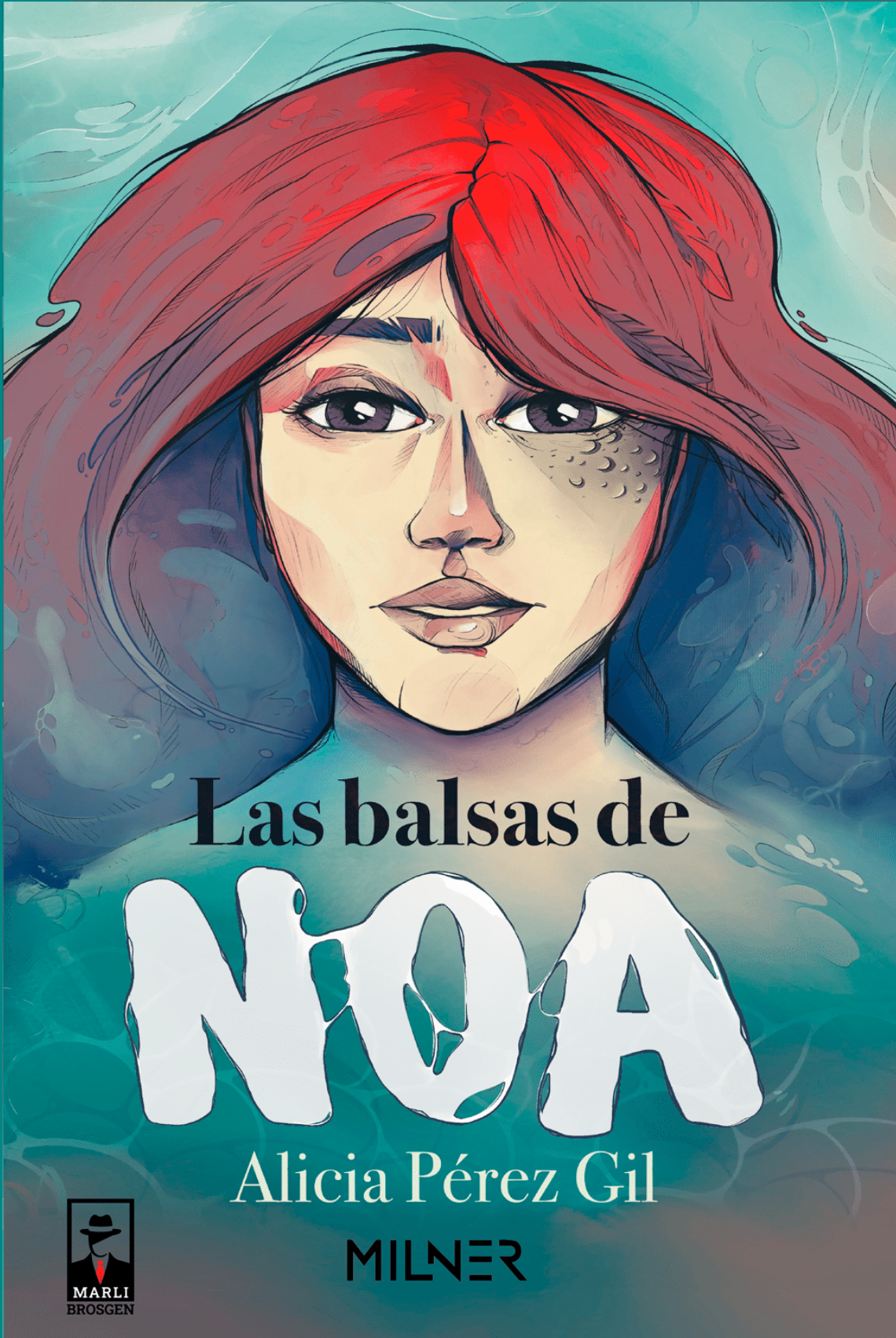
—¿No lo entiendes? —preguntó con una sonrisa irónica—. ¿Quién prefieres que te lo explique: Senb y las cicatrices que le dejaste o los guardias de H'aras?

Kafele suspiró de nuevo, parecía que en aquel año hubiera envejecido una decena. Se incorporó, pero no se acercó a ella.

—Necesito ese dinero tanto como tú, Masika —contestó con firmeza y sequedad.

Ambos se conocían de toda la vida. No habían sido ni amigos ni compañeros, pero sí habían sido algo más que simples conocidos. Sin embargo, desde que Kafele le había hecho aquello a Senb, su exmujer, no quería saber nada de él. No solo porque romper el lazo de unión bajo la bendición de los dioses estaba mal visto, sino porque herir y abandonar a tu familia era aún peor, y Sika no era tan benevolente como los

¿TODAVÍA NO TIENES TU EJEMPLAR?
HAZ CLIC AQUÍ
PARA CONSEGUIRLO



SEGUNDO DILUVIO UNIVERSAL.
MADRID. NOA SE DA CUENTA DE
QUE NADIE SE OCUPA DE LOS
PERROS, LOS GATOS Y LOS DEMÁS
ANIMALES DOMÉSTICOS QUE SE
HAN QUEDADO SOLOS EN LAS
AZOTEAS. SOLO HAY UNA MANERA
DE SALVARLOS: CONSTRUIR UNA
BALSA QUE LOS LLEVE HASTA LA
SIERRA. PERO DECIRLO ES MÁS
FÁCIL QUE HACERLO. POR EL
CAMINO, NOA HARÁ AMIGOS Y SE
ENFRENTARÁ A TODA CLASE DE
PELIGROS PARA DESCUBRIR QUE
EL FIN DE LAS ESPECIES QUIZÁ
NO SEA MÁS QUE UN NUEVO
COMIENZO.

sacerdotes de Loxias.

Con un resoplido, la mujer se colgó la lanza a la espalda y recogió del suelo su comida. Ya se las apañaría en el futuro para limpiarla de arena e intentar salvar algo. Enfadada, siguió andando, sintiendo las fuertes pisadas de Kafele tras ella.

—Es para Taspu. El dinero. Es para ayudarla —murmuró Kafele casi un kilómetro después.

—Oh, ¿ahora usas a la pequeña Taspu para excusarte?

—No. Lleva casi un ciclo con fiebres. Las hierbas y los brebajes no la ayudan. Su madre ha hecho todo lo que ha podido, pero quiero ayudarlas. Quiero contratar al mejor galeno de Bellum. ¡Joder! —maldijo dando una patada a la pared del túnel—. Incluso pagaría por un mago sanador de los Mil Reinos si pudiera.

Sika siguió andando sin inmutarse ante sus palabras. Aunque, ciertamente, estas le rondaron en la cabeza durante bastante tiempo. Seis días de fiebre para una niña de cinco años era demasiado. Era un milagro que siguiera viva, pero si no actuaban rápido ni el mejor galeno de Bellum podría salvarla.

Kafele acabó andando a la par de la mujer mientras esta parecía concentrada en algo. Que no le hubiera amenazado más parecía buena señal, por ello se atrevió a hablar después de un rato.

—¿Alguna pista de la bestia? —preguntó tanteando el terreno.

Sika salió de su ensimismamiento y lo miró con el ceño fruncido. Antes de hablar suspiró, derrotada. Por muy mal que le cayera Kafele, no podía hacer nada contra su excusa, Taspu era una niña y si tenía que arriesgarse por ella, lo haría encantada. H'aras era un pueblo pequeño, tenían que ayudarse entre todos si la capital no lo hacía.

—Nada que nos sirva —respondió al fin—. Solo sé que la han visto por los túneles, pero no he visto marcas que lo confirmen. No entiendo por qué un lagarto estaría bajo tierra y no al sol. Aún queda mucho para que empiece el frío.

—Por eso mismo. Sus crías estarán a punto de nacer y, además, entierran los huevos. Estarán a punto de eclosionar y la madre se dedicará a vigilarlos contra depredadores como los gusanos gigantes —explicó el hombre.

Sika lo observó mientras hablaba, sus palabras eran lógicas. Por mucho que le doliera admitirlo, el hombre parecía tener razón.

—¿Pero por qué están criando tan cerca de los

túneles? Pensaba que los lagartos vivían por los oasis de Dajlae y que aquí solo había gusanos y escarabajos.

Ambos se miraron a la vez, comprendiendo por fin la situación.

—Está buscando comida —susurró Sika.

Kafele asintió, llevando la mano a la empuñadura de la cimitarra que llevaba colgada en el costado.

—¿Cuánto mide el túnel? —preguntó también en un susurro.

—No lo sé exactamente. Por cómo se ha ido inclinando el suelo y estrechando las paredes, diría que estamos cerca del final. Los gusanos deberían haber aparecido hace rato.

Ambos siguieron andando despacio, intentando escuchar algo, pero el túnel estaba demasiado silencioso. Como había dicho Sika, las paredes cada vez eran más estrechas y el aire estaba demasiado cargado. Era asfixiante. Sika se colgó el pañuelo en el brazo, intentando quitarse el agobio que el calor y la falta de oxígeno le producían. Kafele, por otra parte, no dejaba de suspirar mientras se secaba el sudor de la cara con la manga de su camisa de algodón marrón.

—¿Qué es eso? —preguntó Kafele señalando al techo después de un buen rato de tedioso camino.

Sika observó las protuberancias del techo. Parecían piedras enterradas en el suelo que llegaban hasta el hueco del túnel. La mujer intentó tocar una de ellas con la punta de la lanza, pero no llegaba. Suspirando, miró a Kafele y, comiéndose su orgullo, habló.

—Elévame para llegar hasta ellas.

Ambos se acercaron a las paredes y, con maestría, Sika cavó un pequeño saliente para agarrarse. Puso un pie sobre las manos de Kafele y se impulsó. Se quedó colgada de la pared, con una mano sosteniendo la lanza y un pie sobre el hombro de Kafele. Cuando la luz de su linterna apuntó a las piedras, vio que estas eran de un color casi amarillento, con pintas negras. Las tocó con la punta de la lanza, eran duras.

—Masika, creo que... —murmuró Kafele con esfuerzo.

—Aguanta un segundo —se quejó Sika pisando con fuerza su hombro para impulsarse y cargar contra la piedra que había encima.

Esta se rompió con facilidad. Cuando se abrió, algo viscoso le cayó en la cara. Asustada apartó la lanza, haciendo que el agujero que había abierto se ensanchara. Cayó entonces sobre ellos todo el contenido del huevo y los pringó. Sika aterrizó en el suelo, llenándose de arena. Cuando se levantó, escuchó el

suelo retumbar. Apuntó la linterna hacia el techo, pero los demás huevos seguían igual. Tanteando el suelo, agarró su lanza y buscó a Kafele, que seguía tumbado. Encima de él la arena del túnel caía a la vez que se escuchaban los golpes.

—Corre —le susurró.

Obedeciéndolo, salió corriendo hacia el final del túnel. Como había esperado, estaba lleno de excrementos, algún que otro diente que identificó de los gusanos que debían estar plagando aquel túnel y hasta algunos huesos humanos. Debería haber un agujero cerca. Comenzó a buscarlo mientras apuntaba con la luz de la linterna, pero los gritos de Kafele y el retumbar del lagarto excavando la estaban poniendo de los nervios.

—Joder —gritó mientras ensartaba la lanza en la tierra para encontrar algún agujero medio tapado.

—¡Ayúdame! —escuchó gritar a Kafele a su lado.

Estaba haciendo palanca con su cimitarra sobre uno de los huevos que estaba casi enterrado. Con un poco de fuerza cedería y dejaría un sitio libre para salir a la superficie.

—Vamos a enfurecerlo si seguimos tocando a las crías —contestó Sika yendo a su lado y metiendo la lanza entre la tierra y el huevo para ayudarle. Era una locura, pero sabía que era su única escapatoria—. Date prisa.

Cuando estaban a punto de hacer caer el huevo, un haz de luz entró en el túnel. Luego, vieron cómo una pata llena de escamas y uñas tan grandes y afiladas como espadas se adentraba en este para hacer el agujero mucho más grande.

—¡Vamos! —instó Sika empujando con todas sus fuerzas—. Tenemos a nuestro favor que somos más rápidos.

Por fin, el huevo cayó y un torrente de luz inundó el túnel. Sika se ajustó la correa de las gafas y se las colocó para no deslumbrarse. Apoyándose en el huevo, dio un salto y salió a la superficie. Lo que había delante de ella era inmenso y estaba concentrado en cavar el agujero. Asustada, bajó la lanza hasta el agujero para ayudar a subir a Kafele y, cuando ambos estuvieron arriba, se dio el respiro de observar la superficie un momento.

Tenían las Montañas Infinitas a su espalda. El cielo estaba anaranjado por el atardecer y las dos lunas se podían ver en el horizonte, sobre la cordillera. La arena blanca estaba coloreada en tonos rojizos por la

posición del sol y los huevos del lagarto sobresalían sobre esta; parecían grandes rocas a medio enterrar.

—No sabía que los lagartos fueran tan grandes —murmuró observando al lagarto cavar.

Kafele titubeó antes de hablar.

—Es que no es un lagarto. Es un dragón —susurró—. Lo sé por el color de los huevos.

Sika notó cómo se le helaba el cuerpo.

—Pensaba que los dragones volaban.

—Es un dragón sin alas, algunos los llaman dracos —dijo Kafele con algo más de confianza al notar a Sika asustada a su lado.

—Tenemos que matarlo. Es muy peligroso que esté tan cerca de los asentamientos —murmuró.

Kafele asintió, con los ojos entrecerrados y algo llorosos por la deslumbrante luz del sol. Los asentamientos bajo tierra eran algo más parecido a un boquete sobre la arena donde la luz de las estrellas, las lunas y el sol entraba, pero no era tan directa como en la superficie. Por eso, una vez a cielo abierto, el sol era mortal para los ojos de los habitantes del reino de Bellum. Sika, sin embargo, había conseguido aquellas gafas que la protegían tanto del sol como de la arena de los túneles. Observó con intriga al dragón. Era enorme. Estaba segura de que si caía sobre H'aras, podría destrozar la ciudad en un instante. Seguía escarbando, tal vez movido por el olor que habían dejado allí abajo.

—¿Escupe fuego? —preguntó Sika, dispuesta a acabar con él. El susto ya se le había pasado.

—Solo los machos. Por suerte esta es una hembra. Sika sonrió aliviada.

—En cuanto meta la cabeza en el túnel atacamos —ordenó la mujer acercándose lentamente.

Kafele asintió y la siguió en silencio. El hombre admitía que Sika era mucho mejor luchadora y estratega. Él solo estaba en el gremio de cazadores porque lo necesitaba para sobrevivir. Estaban tan cerca del draco que la arena que excavaba caía sobre ellos como gotas de lluvia. Sika estaba en tensión, esperando a que la bestia metiera la cabeza en el túnel. Cuando por fin lo hizo, saltó hacia ella blandiendo la lanza.

Kafele la siguió, con la cimitarra desenfundada. Observó a Sika impulsarse con la lanza y girarla entre las manos para aterrizar sobre el lomo azulado del dragón. La mujer le clavó el arma, pero no pareció inmutarse.

—¡La parte de color es muy dura! —exclamó Kafele corriendo por el costado del draco, buscando un lugar blando entre sus escamas para atacarle.

El dragón parecía protegerse al estar medio enterrado en la arena. Sika corrió por su espalda, buscando unas escamas que no fueran azuladas para atacar. Como supuso, no las encontró hasta que llegó al cuello medio sumergido en la arena. Por suerte, la bestia era tan grande que no notó las pisadas de Sika sobre él.

—¡Sube! —le gritó a Kafele, que seguía abajo.

El hombre negó efusivamente y se acercó a la cabeza, que seguía sumergida en el túnel. Por los tambaleos que estaba dando su cuerpo, parecía que le estaba costando sacarla de ahí.

—Hazle daño desde arriba, cuando salga, le atacaremos a la vez. Tú por arriba y yo por abajo.

—Ni hablar, es un suicidio —se quejó Sika—. Déjame a mi abajo, soy más ágil.

—No, tú le harás más daño desde arriba. ¡Rápido! —contestó el hombre poniéndose frente al agujero.

—Si estás haciendo esto para impresionarme, quiero que sepas que pase lo que pase voy a seguir pensando que eres un capullo —gritó posicionándose.

Antes de clavarle la lanza en la parte superior del cuello, Sika escuchó las roncadas carcajadas de Kafele. En cuanto el arma se hundió entre las escamas, la bestia gritó y sacó la cabeza, levantando toneladas de arena blanca. A Sika se le nubló la visión, pero consiguió mantenerse de pie agarrándose a la lanza.

Kafele cayó al suelo, se recuperó con agilidad y cargó contra la bestia. Consiguió hacerle un buen tajo en la mandíbula inferior que llenó la arena del color rojo de la sangre. Esta lo cegó y no vio el zarpazo que le atinó el draco. Rodó por la arena blanca, manchándola de su propia sangre. Escuchó los gritos de Sika mientras bajaba y agujereaba a la bestia con su lanza. Recuperando el control de su cuerpo, se acercó otra vez al dragón, queriendo apuntar hacia sus ojos. Kafele creyó que podía llegar a cegarlos, pero su cuerpo apenas respondía a sus pensamientos. Escuchó gritos, tanto del dragón como de Sika. Luego, notó algo húmedo y caliente por la espalda. Intentó levantarse, pero no pudo.

Sika aprovechó la distracción que le había brindado Kafele para rematar a la bestia. El hombre había conseguido acertarle un tajo en el ojo y ella pudo darle el golpe de gracia con facilidad. Entre la sangre y la arena

que había dejado la batalla, buscó a Kafele, que había quedado casi enterrado en la arena rojiza. Cuando llegó a su lado, ya era demasiado tarde, las garras del draco lo habían abierto en canal. Aun muerto, seguía sonriendo con desdén.

Sika frunció el ceño y buscó el arma de Kafele, que no estaba lejos. Le colocó la cimitarra en las manos y con unas cuantas patadas enterró su cuerpo en la arena, dejando el rostro mirando hacia el cielo, como se hacía en los rituales.

—Menudo gilipollas —susurró.

Sin embargo, antes de saltar bajo tierra para regresar a H'aras e informar de que habían completado la caza, le pidió a Sailox y Loxias que el hombre tuviera un último viaje en paz.



Sika solo se dio cuenta de lo cansada y dolorida que estaba cuando abrió las puertas del gremio. Ruai seguía en el mostrador, medio dormida. Estaba casi a punto de amanecer, pero la helim nunca se movía de su sitio. Las ventajas de no necesitar descansar tanto como los humanos, supuso.

Ruai alzó la cabeza cuando la vio y arqueó una fina ceja.

—¿Y Kafele?

Sika frunció el ceño. No había podido dejar de pensar en él en todo el camino de vuelta y estaba molesta por eso.

—El lagarto era un dragón —contestó con enfado para ignorar el malestar que le produjo escuchar el nombre del hombre—. ¿Tienes el dinero?

Ruai la miró extrañada.

—Sabes que no puedo dártelo hasta que confirmemos la caza, Sika.

Sika chistó con la lengua.

—Es para la cría de Senb. Necesito un galeno de la capital lo más rápido posible. No quiero que Tapsu muera.

El rostro de Ruai se suavizó mientras se incorporaba lentamente.

—Sika, cariño, ya lo hablé con Kafele esta mañana, un galeno no puede hacer ya nada por ella.

—Pues iré en busca de un mago a los Mil Reinos. Haré lo que sea —exclamó aguantándole la mirada. Sabía que Ruai podría influir en sus decisiones y quería salvar a la niña con todo su ser.

—Perdonad mi intromisión, pero yo podría servirlos

de ayuda.

Ambas mujeres se giraron hacia el rostro encapuchado que hablaba con delicadeza y acento sureño. Era el nervioso joven que Sika había asustado aquella mañana.

—¿Cómo? —inquirió la cazadora sin creer que aquel crío pudiera hacer algo por Taspu.

Ced sacó una pequeña bolsa de tela llena de lo que supuso que eran hierbas medicinales y se la mostró. Luego, con una sonrisa tímida, chasqueó los dedos y una pequeña llama apareció sobre la palma de su mano.

—Soy mago, galeno y boticario. Si nada de mis conocimientos la sana, estaré con la joven helim y confirmaré que no tiene salvación. Pero, mientras tanto, haré lo que esté en mi mano para curar a esa niña —dijo con voz tranquila.

Sika observó el rostro bicolor del mago y frunció el ceño, en su mirada verde había algo que anhelaba.

—¿Qué me pedirás a cambio?

El joven palideció, pero esta vez su voz no tembló.

—Atravesar el desierto de Frafara pasando desapercibido. Evitando pasar por Bellum, por supuesto.

Sika lo miró por última vez y se giró hacia Ruai.

—Prepárame provisiones para dos semanas con el dinero de la caza. El resto dáselo a Senb. Luego nos vemos —le ordenó con una pequeña sonrisa. Menos ansiosa que hacía unos minutos, agarró a Ced por la capa y lo arrastró fuera del gremio—. Aprisa. Senb no vive muy lejos, mago.

64

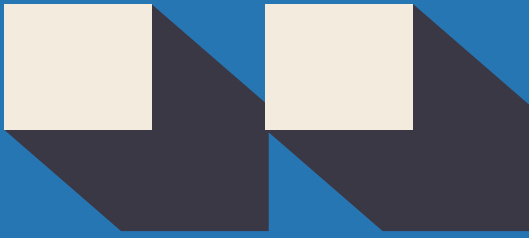


65

R E L A T O S E I S

LA ABUELA

PAU FERRÓN



PAU FERRÓN GALLEGOS (BARCELONA, 1981), ESCRITOR EMERGENTE, SE INICIÓ PRONTO EN LA LECTURA, CUANDO SU PADRE, HARTO DE QUE A SU HIJO LE COSTASE DORMIR, LE DIO VARIOS VOLÚMENES DE JULIO VERNE EN LOS QUE ENCONTRÓ SU AMOR POR LOS LIBROS; DESDE ENTONCES, ESTOS SIEMPRE LE HAN ACOMPAÑADO. LE GUSTA ARAÑAR TIEMPO PARA LEER Y SIENTE PREDILECCIÓN POR LA FANTASÍA, LA CIENCIA FICCIÓN Y EL TERROR. SU PRIMERA NOVELA ESTARÁ DISPONIBLE A PRINCIPIOS DE 2022.



¡HAZ CLIC EN LOS ICONOS PARA SEGUIR AL AUTOR DE ESTA HISTORIA EN REDES SOCIALES!

Clarissa sabía que sus métodos poco ortodoxos eran una aberración en su amado imperio, así que siempre trabajaba sola. Para otros mercenarios era un misterio en el que no deseaban verse envueltos. Le habían hecho llegar un succulento contrato, dinero fácil. Solo tenía que limpiar las cuevas donde moraba una tribu de salvajes. Vestigios de una época pasada. Pero para ello necesitaba la ayuda de su compañera, esa a la que no quería que nadie más conociese.

Empezó el ritual nigromántico a medianoche, tal y como le había enseñado su maestro. De un cofre que llevaba en su mula sacó un esqueleto completo y lo colocó bien ordenado a sus pies. Pertenecía a una persona grande y de huesos anchos. Se podían apreciar fracturas curadas y otros remiendos. Todos, por decirlo de algún modo, *post mortem*. Colocó un colgante con forma de rueda y un enorme espadón sobre el esqueleto y empezó a entonar un cántico. A medida que las siniestras notas se perdían entre los árboles de la zona, el esqueleto fue alzándose hasta quedar de pie, empuñando su espada y con el collar como única vestimenta. Una luz verdosa apenas definía, alrededor de la osamenta, el contorno del cuerpo que antaño le perteneció: el cuerpo de una guerrera bárbara.

—Otra vez me invocas, Clarissa. —La voz estaba rota por el tiempo—. ¿Qué, no vas a dejarme ascender junto a Ganara?

—Ya nadie le reza a la diosa de la guerra —dijo la nigromante, casi como un reproche—. Los tiempos han cambiado.

—Hay cosas que no cambian por mucho polvo que se asiente sobre ellas.

—¿Poesía? ¿A tu edad? —Clarissa, pese a sus siniestros ropajes negros adornados con plata, su aspecto delgado y su pelo desaliñado, tenía una risa cálida—. ¿Dónde está Sadi, *la Serpiente*, la que despellejaba a sus enemigos y era el terror de los cien ríos?

Si Clarissa hubiese mirado el rostro traslúcido que se dibujaba sobre el cráneo de Sadi, habría visto la furia que contenía. Era el mismo al que habían aprendido a temer los piratas del río, la cara de la que fue su líder no hacía tantas generaciones. Pero a la nigromante hacía tiempo que ya no le importaba lo que pasase por la cabeza de su abuela. Se limitó a decirle a Sadi que entrara en la cueva y ella lo hizo sin rechistar,

atada por la magia de su descendiente.

Todos saben que, para los muertos, andar en la más absoluta oscuridad es como hacerlo a la luz de una mañana lluviosa y también saben que los nigromantes tienen ojos de muerto. Así que entraron en la gruta sin preocuparse por la falta de luz. Sadi abrió la marcha con Clarissa a rebufo, avanzando lentamente. La anciana espectral hacía lo mismo que había hecho en vida. Se lanzaba sobre sus enemigos como una bestia enfurecida, lanzando los antiguos gritos de guerra de su tribu, que se volvían más terroríficos desde el más allá. Esquivaba los golpes, más por costumbre que por necesidad, como una experta: pinchaba, cortaba y golpeaba a todo aquello que se le ponía delante, dejando salpicones de sangre y miembros amputados. Era la pequeña venganza contra su nieta. Las runas que había grabadas en su cráneo le impedían atacar a Clarissa o desobedecer sus órdenes. La única esperanza que le quedaba era dejar a sus enemigos tan maltrechos como pudiese para que la nigromante no pudiese alzarlos otra vez. Pero siempre quedaba alguno viable.

Cuando la nigromante veía a algún cadáver prometedor, recitaba unas rápidas palabras y dejaba caer sobre el suelo una gota de su propia sangre. Esta viajaba hasta el cadáver a toda prisa hasta introducirse en la herida fatal. El cuerpo se levantaba para unirse a la escuadra de Sadi. Bastante más torpe y lento que cuando aún le latía el corazón, pero inmune al dolor y al miedo.

Los hombres de las cavernas eran tan estúpidos como valientes. Saltaban sobre Sadi y sus nuevos y macabros compañeros sin cuestionarse la importancia de su propia vida o la nueva condición de sus hermanos de tribu. A Clarissa siempre le había fascinado que, tras dos generaciones de progreso traídas por la nueva emperatriz, todavía quedasen vestigios que se aferraban a las antiguas costumbres. Pero al ver la pasión con la que su abuela se entregaba a la matanza, entendía la fortaleza testaruda de la tradición primitiva. No hacía mucho más de treinta años que la anciana alzó a las tierras de los ríos contra el imperio. Desapareció en una batalla y su nombre se hizo leyenda. Los rebeldes lo susurraban y se contaban historias sobre Sadi, *la Serpiente*. Nadie podía asegurar que hubiese muerto. Hasta que Clarissa encontró sus huesos excavando en un antiguo campo de batalla. Necesitaba a un familiar para crear su

guardián vinculado. A su padre le aterraba la abuela: era su hombre del saco particular. «Si no atiendes a las lecciones, vendrá la abuela Sadi y te llevará», decía siempre. Así que, cuando tuvo que buscar a alguien de su sangre para crear a su protector, no se le ocurrió mejor candidata.

Sadi agarró su espada con ambas manos para cercenarle las piernas a un salvaje que saltó sobre ella desde el saliente de una caverna inmensa. Siempre había sido una mujer fuerte, la más fuerte del poblado. Su padre la había reclutado para las partidas de saqueo cuando cumplió catorce lunas. El miembro de la tribu más joven en unirse. A los dos años ya lideraba su propio grupo: eran tiempos sencillos. La tribu se asentaba en invierno y se movía en verano. Cazaban y luchaban, dos cosas que Sadi amaba. Ahora solo luchaba. En ese mismo instante, mientras remataba al salvaje aplastándole la cabeza de un pisotón, se sentía feliz. En la vorágine de las espadas, con hombres a sus órdenes y los huesos vibrando con cada uno de sus golpes, olvidaba que era la esclava de una chiquilla insolente.

Un grupo de salvajes entró a la caverna y empezaron a arrojarles lanzas. Notó cómo Clarissa le arrebató el control de los muertos animados para que fuesen a protegerla. Sadi se lanzó hacia los hombres de las cavernas esquivando los proyectiles, algunos atravesaban su cuerpo espectral sin efecto alguno, pero un par de lanzas certeras tocaron sus huesos y la hicieron trastabillar. Pero no consiguieron pararla. Se plantó delante de los salvajes blandiendo la espada en un arco amplio que les hizo retroceder. Eran cinco, con cabezas aplanadas y pequeños ojos oscuros que mostraban determinación. «¿Qué demonios protegen estos idiotas con tanta valentía?», se preguntó Sadi mientras le abría el vientre a uno de ellos con un rápido giro de muñeca. Los otros cuatro se lanzaron sobre ella llenos de salvajismo.

«Estos despojos se parecen más a mí que mi propia nieta».

Agarró a uno de ellos por el cuello para cubrirse de los ataques del resto mientras, con la espada, abría un surco profundo en el muslo de otro de los salvajes. Empujó a su presa, que ya había recibido bastantes golpes como para quedar aturdida, contra el resto de sus atacantes. Dos de ellos retrocedieron, dejándola a solas con uno al que quebró el cráneo, desparramando sus sesos por el suelo. Los dos que

habían retrocedido la flanquearon. Uno usaba un garrote, arma peligrosa para sus huesos, y el otro una lanza. Sadi posicionó su espada sobre la cabeza, en una guardia alta, mientras esperaba el momento del ataque coordinado de los dos salvajes. Lo inició el de la lanza, dirigiendo un golpe hacia su pecho. Sadi lo aceptó sin inmutarse y se giró hacia el del garrote, haciendo descender la espada hacia el arma partiéndola en dos y dejándola en guardia justo frente a él, que se atravesó con la inercia de su movimiento. La lanza había quedado trabada entre dos de sus costillas que amenazaban con partirse, así que soltó su espada, agarró el astil del arma con ambas manos y tiró de él mientras el salvaje empujaba. Centímetro a centímetro, Sadi consiguió sacar la punta de piedra de entre sus costillas y, poco a poco, empezó a acercarse hacia su enemigo sin soltar la lanza. El salvaje abandonó el arma para salir corriendo. Dio tres pasos: en el primero de ellos, Sadi recuperó la lanza y la equilibró; en el segundo, la lanzó; y, en el tercero, el salvaje cayó con el corazón atravesado.

Se disponía a rematar al último de los heridos, el que le había servido de escudo, cuando sintió cómo la voluntad de Clarissa le hacía detenerse.

—Tráeme a ese hasta aquí —dijo la nigromante.

Mientras Sadi llevaba al salvaje inconsciente hasta su nieta vio cómo una de las lanzas la había herido en el vientre. Clarissa estaba sentada en el suelo, flanqueada por sus esclavos recién muertos, mientras la sangre manchaba las decoraciones de plata de su túnica.

—Cada vez que veo tu hechicería, me dan ganas de vomitar. —Sadi escupió las palabras mientras dejaba caer al salvaje a los pies de Clarissa.

—Pues te ordeno que mires —dijo la hechicera mientras posaba una mano sobre el pecho del moribundo.

Una luz verdosa cubrió la mano de Clarissa y serpenteó por el cuerpo del salvaje hasta encontrar sus heridas. En ese momento, el haz de luz empezó a pulsar, siguiendo el ritmo de un corazón acelerado. A medida que los latidos aumentaban, el cuerpo del salvaje convulsionaba y se secaba, la piel se le arrugaba y perdía su color. Mientras tanto, la herida del vientre de Clarissa se iba cerrando. Al final, solo quedó la carcasa momificada del salvaje.

—Es curioso cómo puedo percibir la cara de asco que estás poniendo, incluso con la luz espectral que tienes ahora por carne. Me encanta.

—Nunca me gustaron los hechiceros —respondió Sadi—. Y los nigromantes son los peores. Os cagáis en la muerte, alejáis a la gente de sus dioses y nos quitáis el descanso. Sois carroñeros. Escoria.

—¿En serio, abuela? ¿Tú me vas a dar lecciones de moral? Pasaste a cuchillo a pueblos enteros, matabas sin piedad, tu nombre era temido por todos. No te importaba nada ni nadie, solo darte la buena vida. Querías vino, hombres en tu cama, riquezas y batalla. Cuando llegó el imperio, trayendo progreso y cultura a las tierras de los ríos, decidiste luchar por los demás, pero solamente porque se te acababa el chollo de ser la fuerza que todos temían.

» Mi madre hizo bien en abandonarte. Salir de la vida de barbarismo salvaje para unirse a mi padre, un sacerdote del culto imperial, refinado y sensible. No como los brutos que te acompañaban en tus saqueos.

—Pero yo respetaba a los muertos y nunca torturé por placer, ni tuve esclavos. Conocí a tu padre. Era débil, es cierto, pero escupiría sobre lo que tú haces ahora. ¿Crees que no me doy cuenta de lo que eres? Siempre estás sola, rodeada de muertos; cuando me invocas, estamos lejos de tu civilización; me usas para matar y robar. No somos tan diferentes: eres una saqueadora y una hereje.

El rostro de Clarissa se contrajo en una mueca de rabia. Lanzó una mirada agria a su abuela. Hereje era lo que le había llamado su padre cuando la descubrió practicando el arte negro. Antes de denunciarla ante el culto imperial.

—¿Qué sabrás tú de herejías? —susurró Clarissa, más para ella misma que para que Sadi lo escuchase.

Introdujo su mano en la caja torácica de su abuela, obrando un conjuro que hizo que esta sintiese un dolor mayor del que había sentido en vida. Sadi cayó de rodillas, incapaz de moverse sin el permiso de Clarissa. Pero la bárbara estaba acostumbrada a sufrir y sabía que era su oportunidad.

—¿Crees que mientras tu padre fue mi prisionero no hablé con él? Me intentó convencer de las cosas buenas que traía el imperio y, entre ellas, no estaba tu sucio poder. Él me robó a mi hija, pero me alegra ver que ha pagado por ello: tú eres su castigo.

Clarissa apretó algo en el interior de Sadi, que empezó a desvanecerse. La cara de su nieta no era tan diferente a la que ella debía poner cuando se veía embargada por la furia homicida en la batalla. Clarissa estaba a punto de dejarse llevar. Pero dio un

grito de ira y sacó la mano del pecho de su abuela.

—¡Maldita zorra! ¡No te librarás! —La nigromante lanzaba espumarajos por la boca y tenía los ojos inyectados en sangre—. ¿¡Me oyes!?! ¡Serás mi esclava para siempre!

Avanzaron en absoluto silencio. Clarissa no quería hablar y le había ordenado a Sadi que no dijese una sola palabra. Aún le latían las sienes por la furia que había desatado su abuela con sus acusaciones llenas de veneno.

Sadi abría la marcha, así que fue la primera en ver las pinturas que adornaban la caverna. Simples trazos blancos sobre la pared, mostrando a hombres alrededor de una extraña figura. La imagen ya era antigua cuando Sadi respiraba, pero dudaba mucho de que su nieta la conociera: Kuthi, *el Hechicero*. No pasaría nunca a los libros de historia del imperio. Era el hombre del saco para su tribu, una leyenda que los invasores no se tomaron en serio.

Clarissa entendió los garabatos en la piedra como muestras de arte primitivo y no se preocupó de lo que veía. Así que se adentró en la caverna, mientras su abuela, rodeada de tres primitivos muertos, la precedía, protegiéndola de todo mal. Y así habría sido si Sadi hubiese podido hablar. Estaba obligada a obedecer y proteger a su nieta, pero no podía avisarla. Así que agarró su espadón con ambas manos, consciente de que, tarde o temprano, iba a ocurrir algo. Y así pasó. Una figura etérea apareció a través de una de las paredes, flotando a escasos centímetros del suelo. Era un cráneo llameante envuelto en ropajes amplios que hacían intuir una forma humana debajo de ellos. Apareció entre la bárbara y la hechicera y, con un pase de su mano, tomó el control de los salvajes, que se lanzaron sobre Sadi. Clarissa intentó formular una defensa a medida que Kuthi se acercaba a ella. El espectro fue más rápido y consiguió agarrarla de los hombros. Se colocó frente a ella y abrió la boca para empezar a succionarle la vida de un modo no tan diferente al que ella había usado con el salvaje hacía escasos minutos.

El vínculo mágico impelía a la bárbara a intentar librarse de aquellos que atacaran a su nieta lo más rápido posible para cumplir la obligación de defenderla. Si unos salvajes vivos no la habían podido parar, mucho menos lo conseguirían hacer sus tristes sombras muertas. Acabó con ellos sin pararse a pensar en cómo lo había hecho. Corrió hacia el espectro y

le dio un mandoblazo destinado a partir el cráneo llameante. Pero, claro está, lo atravesó como si fuese una sombra. Kuthi soltó a la nigromante, que cayó seminconsciente al suelo, y se enfrentó a Sadi. La bárbara tenía que ganar tiempo hasta que Clarissa se espabilase. Soltó la espada, que no era más que un pedazo de hierro, y se enfrentó contra él con las manos desnudas. La materia espectral de ambos chocó y el cráneo fantasmal recibió un puñetazo que le hizo castañear los dientes. Se enzarzaron en una pelea que trascendía lo físico, una lucha de egos donde se difuminaba lo que fue carne y lo que era mera voluntad.

Cuando Clarissa recuperó la consciencia, vio una vorágine de energía verdosa y de llamas en las que flotaban los huesos de su abuela. Aprovechó el momento de caos para salir corriendo, abandonando todo atisbo de dignidad. Había notado el poder que emanaba del espectro y comprendió el porqué de la preocupación del imperio por unos pocos salvajes. Si esta criatura los lideraba, podían causar un gran daño. Corrió sin parar hasta la salida, donde la luna la recibió. Ignoró a su mula y no paró de correr hasta que cayó rendida.

Una luz verdosa iluminaba los árboles a medida que Sadi se acercaba al claro donde Clarissa dormía. Sus huesos estaban más astillados, pero el fulgor de su resplandor era más fuerte que nunca, tanto que despertó a su nieta.

—¿Abuela? —dijo entre legañas— Pensé que el espectro había acabado contigo. Vi cómo te consumía.

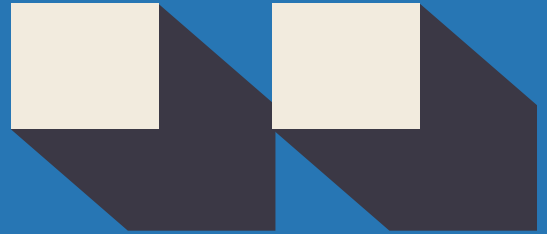
—Y la sangre de tu padre te hizo huir. No esperaba otra cosa.

—¿Así que has vencido? —Clarissa se intentó incorporar, pero su cuerpo estaba dolorido por la carrera—. Pues iré a cobrar la recompensa. Ahora, descansa. —Hizo los gestos que desconvocaban el espíritu de Sadi, pero no pasó nada.

—No entendiste nada —dijo Sadi mientras colocaba el mandoble frente a ella—. No estábamos peleando, estábamos... negociando. —Con una veloz estocada atravesó el corazón de su nieta.

Kuthi apareció por el mismo camino por el que ella había llegado. Había recuperado su aspecto humano, no muy distinto del de los primitivos salvajes. Se acercó a Sadi, agarró a la bárbara de una mano y tocó al cadáver de la nigromante. En un instante, la luz de Sadi se apagó y sus huesos cayeron al suelo.

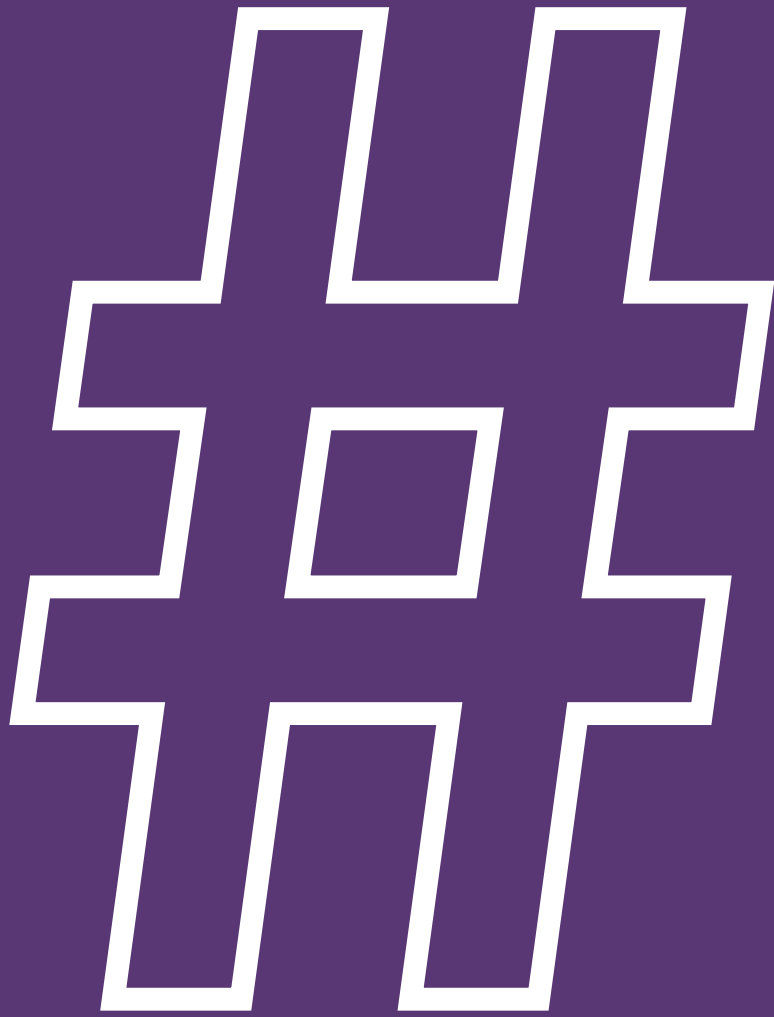
El cadáver de Clarissa se alzó y sus ojos brillaban con un resplandor verdoso. Se acercó al viejo mandoble y lo levantó con dificultad. Sadi aún tenía que moldear su nuevo cuerpo.



ENTREVISTA PRISMA

ENTREVISTA

A BLANCA RODRÍGUEZ



BLANCA

RODRÍGUEZ

PRESIDENTA DE PÓRTICO,
ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE FANTASÍA,
CIENCIA FICCIÓN Y TERROR



Hoy tenemos con nosotras a una invitada muy especial para comenzar a contar historias. Porque, al final, es de eso de lo que se trata, de contar historias y de saber hacia dónde vamos. Y, por eso, estamos muy contentas de comenzar estas entrevistas con nuestra compañera Blanca Rodríguez, presidenta de la Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror, una entidad un poco impronunciable. La llamamos Pórtico, evidentemente. Muy contentos de tenerte.

Cuéntame, Blanca, ¿qué es lo que hacéis desde vuestra entidad? Cuéntanos un poco de ella.

La entidad nació a principios de los 90, en el año 91, para ser exactos. Era una época difícil para ser friki. Y ha sido, durante mucho tiempo, un poco la casita del árbol, porque era lo que había. Los que ya tenemos una edad recordamos aquellos tiempos en los que tu decías que jugabas a rol y pensaban que ibas por ahí matando a gente con catanas y cosas así. Al sol de esta asociación, nacieron muchos movimientos que tuvieron muchísima potencia en los años 90, que fueron muy importantes; como, por ejemplo, la TERMA, aquí en Madrid, de la que salieron las principales voces de los géneros fantásticos en España. Somos los organizadores del HispaCon, que es el festival más antiguo que hay en este país, y de los premios Ignotus. Hemos traído a gente como Terry Pratchett, gente muy importante. Pero ahora queremos crecer. Creemos que el *frikismo* por fin ha salido del armario. ¿Quién no se ha visto *Juego de tronos*? ¿Quién no se ha visto *El cuento de la criada*? ¿Quién no sigue las series, que hay innumerables, de temática fantástica? Y creemos que ha llegado el momento por fin de abrirnos más a la sociedad y llegar a un montón de gente joven, y ya no tan joven, porque al fin y al cabo las generaciones que se han criado con Laura Gallego o con Harry Potter ya tienen hipoteca.

Y, hablando de hipoteca, ¿qué es lo que crees que le falta? Porque me estás hablando de los años dorados, de esos años 90, en los que algunos éramos niños y empezábamos a jugar con lo que podíamos, creábamos a veces mundos alternativos donde nos sentíamos a salvo de ese acoso. Personalmente,

desde luego, el ámbito de la ciencia ficción y la fantasía me ha acompañado toda la vida. ¿Crees que estamos ahora, con esa generación Z, en esos mundos digitales a punto de abrir el metaverso? ¿Crees que eso nos ha robado parte de ese *fandom*? ¿Crees que es verdad que cualquier tiempo pasado fue mejor, que todo cambia? ¿Cuál es la visión que tenéis vosotras desde la entidad en este nuevo momento en el que nos encontramos, sobre todo cuando estamos atravesando la parte final, esperamos, de esta pandemia mundial?

La actual junta directiva se presentó a las elecciones con el nombre Fantástico Futuro y nos parece que es que tenemos realmente un futuro fantástico. Por supuesto, no nos olvidamos de lo que nos ha traído hasta aquí y lo valoramos muchísimo. De hecho, tenemos un premio, que es el Gabriel, que reconoce la trayectoria de personas que han estado dando el callo

"UNA DE LAS COSAS QUE YO CREO QUE TENEMOS QUE HACER DESDE EL PROPIO SECTOR ES UNIRNOS MUCHO MÁS... DEBEMOS CREAR UNA RED. CREAR COORDINADORAS Y REDES PARA UNIR SINERGIAS, PARA NO DUPLICAR ESFUERZOS, Y ESTO CREO QUE ES MUY IMPORTANTE".

durante muchos años por el *fandom*. Pero creemos que lo que no evoluciona se muere. Y creemos que debemos evolucionar

y seguir creciendo. Ahora mismo, hay muchísima gente que está creando un montón de cosas, hay muchas editoriales nuevas, sellos independientes, un montón de *podcasts*, de proyectos de gente en YouTube. Hay muchísimo potencial de crecimiento y nos parece maravilloso. Incluso nos gustaría también acercar el *fandom* y nuestra asociación a gente que es famosa, pero no por ser friki, sino gente que tiene un altavoz muy grande y que, además, son frikis. Gente como pueden ser Andrea Compton, Chicote o Ismael Serrano. Gente que hace otras movidas, pero además son frikis orgullosos y no lo ocultan, porque es un orgullo ser friki.

Y hablamos precisamente de eso en un contexto pospandémico. ¿Crees que, durante esta pandemia, durante este confinamiento, la gente se ha acercado a la lectura o cuál crees que ha sido el papel de la fantasía y la ciencia ficción? ¿Por qué se da esa dicotomía de que se haya consumido más audiovisual que nunca, pero aquí en España no haya despegado el sector de la fantasía y la ciencia ficción? ¿Por qué todo lo de fuera parece que es mejor?

Porque, en verdad, siempre ha sido así. Yo creo que

en todos los sectores culturales. No me gusta recurrir a la carta del franquismo, pero es que la carta del franquismo está muy presente. Aquí estuvimos cerradísimos culturalmente al mundo y, cuando nos libramos de esa losa, adoptamos la actitud de creer que todo lo de fuera es guay y todo lo de dentro es caspa. Todavía arrastramos un poquito eso. De todos modos, yo sí creo que es verdad que hay un germen importante, pero que necesitamos tener apoyo institucional para poder dar voz a esas personas que están escribiendo, que están creando contenido, que están creando audiovisual... Por ejemplo, por poner un ejemplo superarquetípico, *El Ministerio del Tiempo* lo petó muchísimo, pero no solo entre la gente a la que le gusta esto. Lo veía tu abuela, incluso. No es verdad que no haya interés en el público, es que no hay promoción.

Precisamente hablando de promoción, ahora que estamos en una etapa en la que se van a inyectar más de setenta mil millones de euros, que acabamos de conocer hace nada la noticia de que el Ministerio de Cultura va a poner en marcha el bono cultural de quinientos euros, que tenemos instituciones más financiadas que nunca precisamente trabajando en el libro... Hace nada venimos de la LIBER, la feria de la industria editorial, y hemos estado recientemente en Frankfurt. ¿Por qué no hay por parte de los sellos editoriales una apuesta más decidida por la ciencia ficción, la fantasía, el terror? ¿Por qué se consideran géneros menores?

Es que esa es la pregunta del millón de dólares. Porque, además, no es cierto. Precisamente ahora, con vuestra colaboración, estamos preparando una exposición en la que estamos explicándole a la gente que ya lee cosas frikis, y además les gusta, que tienen que tomar consciencia de lo que consideran alta literatura. Lo que pasa es que, al evaluar cualquier género, tienes en él alta literatura, basura y todo lo que hay en medio. En el fantástico es igual. Hay libros palomiteros y hay alta literatura. Lo que pasa es que, por el motivo que sea, cuando Margaret Atwood escribe *El cuento de la criada* dice: «No, esto es especulación, ¿sabes? Esto no es ciencia ficción». Sí, señora, es ciencia ficción. Creo que tenemos que reivindicar que tenemos grandes hitos de la literatura, como *1984*, *Un mundo feliz*, el propio *Cuento de la criada* o *Frankenstein*, que se considera la novela fundacional de la ciencia ficción. Hemos estado ahí desde

siempre. ¿*El sueño de una noche de verano* te suena de algo? ¿Shakespeare? Eso es fantasía. Tenemos que reivindicar que siempre hemos estado ahí, siempre hemos estado tratando los grandes temas y que somos un agente cultural tan importante como cualquier otro.

Hablando de agentes culturales, y hablando también de consumo, porque a fin de cuentas ahora mismo vemos una enorme preocupación por abrir y ampliar la base de la lectura... Hay incluso una propuesta de pacto de Estado para abrir la lectura y ampliarla, esta misma medida del bono, de hecho, para los jóvenes de 18 años. ¿Qué crees que debe hacer el sector para garantizar que, sin ningún demérito, se consuma en este sector? ¿Por qué no ve el/la joven de 18 años el ocio de ese posible bono en el libro, como hacíamos quizá en otras generaciones, que íbamos corriendo a la tienda para ver el último cómic que acababa de salir, que seguíamos y conocíamos la trayectoria de los autores y escritores y era algo común, general, y no lo vemos tanto ahora en la gente joven? ¿Qué está pasando? ¿Estamos haciendo algo mal? ¿Es que acaso las instituciones no han terminado de dar con la tecla? ¿Las familias que hemos empezado a criar a hijos? ¿Qué está pasando?

Pues no sé si estoy tan de acuerdo contigo. Yo creo que sí, que la gente joven —y cuanto más joven, tanto más— sí consume fantástico. De hecho, cuando salió el bono cultural hubo una supertormenta en Twitter con el sector, digamos, más conservador de lo cultural, en que se decía: «Es que se lo van a gastar en cómics». ¿Y qué, señor? ¿Cuál es el problema? El cómic es cultura también. Yo creo que el problema no es que el joven no consume cultura, sino que la cultura que consume todavía no se considera cultura. Es como si la sociedad dijera: «¿El salón del manga? Unos frikis». No dicen que es un salón cultural, una cosa que tiene valor. Todavía hay ese estigma. ¿Cuál es la solución? Obviamente yo no

**"EN MUCHAS OBRAS DE
EL TROPO DE QUE LA HUM
VIENEN LOS ALIENS A MA
QUE CUANDO NOS DEMOS
UNA CAUSA COMÚN, SERA
ENCONTREMOS**

tengo la receta dorada, porque si la tuviera la estaría aplicando, pero creo que tanto los agentes culturales en sí mismos, incluidos nosotros, como la prensa especializada y la general, y las instituciones tienen que empezar a valorar esto, empezar a decir que este sector cultural es importante, es valioso y, además, le llega a muchísima gente. Tenemos que ponerlo en valor. Y para eso necesitamos apoyo, porque hay muchas editoriales nuevas que están surgiendo, pero son esfuerzos titánicos que están haciendo personas como apuesta personal. A muchos les va el bolsillo. No hay apoyo para eso.

Precisamente, ya que estabas hablando de nuevas editoriales y nuevas actuaciones, cuando creamos esta revista y cuando hemos creado otros proyectos, como la editorial, fue porque vimos que había una enorme debilidad en el sector.

**CIENCIA FICCIÓN EXISTE
ANIDAD SE UNE CUANDO
ATARNOS A TODOS. CREO
CUENTA DE QUE TENEMOS
Á EL MOMENTO EN EL QUE
LA SOLUCIÓN".**

menos que un acto de fe es sacar adelante un sello editorial de ciencia ficción, fantasía y ámbito juvenil, fuera de Penguin Random House y Planeta, a los que les mandamos un grandísimo saludo, por supuesto. Pero, más allá de eso, es verdad que a nosotras nos preocupa, porque vemos que hay poca viabilidad. Cuando te pones a ajustar costes, al final esto llega a donde llega. Pero ¿qué crees que debería promoverse? ¿Qué legislación, qué proyectos deberían hacerse para que esos sellos no acaben siendo una trampa para sus promotores? Porque sí es verdad que tenemos la sensación, como decía un experto en el ámbito de los gremios editoriales hace bien poco, de que hasta hace menos de quince años ser editor era una profesión de ricos, porque una editorial, salvo las más potentes, era algo prácticamente solo accesible a una persona con dinero que se aburría y, por lo tanto, elegía desde su categoría socioeconómica la cultura que leemos los demás. ¿Cómo podemos

Veíamos que hay sectores, y dentro de los géneros, el de la ciencia ficción, la fantasía y el terror era un género construido con el autosacrificio, la autolaceración, poco

ir avanzando desde esa transición de la democratización de la cultura, que conseguimos cuando nos quitamos de en medio la losa del franquismo, a esa economía de la cultura para hacerla sostenible, porque este es también un sector productivo? ¿Qué crees que debe pasar?

Una de las cosas que yo creo que tenemos que hacer desde el propio sector es unirnos mucho más. Está muy bien que haya muchas editoriales, que haya muchos sellos, porque eso da diversidad, ya que cada una tiene su enfoque. Pero creo que, y es una de las cosas que queremos hacer como asociación, debemos crear una red. Crear coordinadoras y redes para unir sinergias, para no duplicar esfuerzos, y esto creo que es muy importante. Que no nos hagamos la competencia los unos a los otros, sino que trabajemos todos juntos porque, al final, el interés es común. Todos queremos que haya un buen mercado y que haya un crecimiento. Porque, al final, es lo que dices tú, sí, es un gesto heroico, pero queremos comer de esto. Queremos vivir de esto, y eso es importante. Y, en cuanto a las instituciones, creo que ya lo he dicho antes, necesitamos que haya apoyo, pero es algo atávico que arrastramos en España con el tema de la promoción de la lectura, al igual que con la enseñanza de lenguas, que cada vez se enseñan durante más años, pero se enseñan igual de mal, con lo cual no sirve para nada. Creo que, en la enseñanza, la lectura es un cero a la izquierda. Salvo el que ya viene de casa gustándole leer, nadie sale del cole habiendo adquirido amor a la lectura. O lo traías de casa o no te lo van a inculcar, porque te dan a leer tremendos tochos insoportables y no aprendes a amar la lectura, y ahí hay una clave importante. Yo, que soy un ratón de biblioteca total, a mí me castigaban sin leer. Era lo peor que podían hacer. Pero sí que veo que no abunda ese amor a lectura. Yo siempre digo que la literatura infantil y juvenil es la droga de entrada para luego seguir leyendo como adulto y creo que se hace muy mal la promoción de la lectura.

Para cerrar la entrevista y para despedirnos, una cuestión muy importante para nosotras. Estamos hablando de crear comunidad, de crear espacios... Nosotras somos algo atípicas porque evidentemente también compartimos esos espacios y ese interés, nosotras, a fin de cuentas, somos una editorial, somos una revista, somos publicaciones que venimos apoyadas desde el sector de lo social, creemos y

conocemos la importancia de crear nexos y espacios conjuntos. ¿Qué le está pasando a este *fandom* del que algunos nos desconectamos hace ya una década y ahora cuando, ya más talluditos, hemos vuelto a reencontrarlo, hemos visto que siguen las mismas divisiones, los mismos momentos de pseudodivinidad y que, al final, acaba siendo un poquito el mismo problema de hace una década? ¿Es que no hemos crecido o es que pasa algo en el agua que bebemos? ¿Qué crees que ocurre para que no haya esa unidad que sí que vemos en otros países, en Estados Unidos, desde luego, pero también en América Latina y, por supuesto, en el conjunto de algunas zonas de Europa? ¿Qué pasa en España?

Esto que voy a decir a lo mejor es un poco polémico, pero mientras estabas hablando me ha venido un poco la imagen del meme de las dos ratas peleándose por un churro. Quiero decir que tal vez sea la propia precariedad del sector lo que nos hace tener estas guerras intestinas constantes.

Yo, que soy una persona patológicamente optimista, creo que tenemos arreglo. Y es por eso que me he metido en la entidad. Si no, no estaría aquí. Creo que pasa mucho por unirnos. En muchas obras de ciencia ficción existe el tropo de que la humanidad se une cuando vienen los aliens a matarnos a todos. Creo que cuando nos demos cuenta de que tenemos una causa común, será el momento en el que encontremos la solución. Creo que pasa por eso.

Por nuestra parte, nada más que daros las gracias y deseárselo lo mejor a vuestra entidad. Sabéis que contáis con nuestro apoyo y, por supuesto, estaremos encantadas de ver los progresos de ese sector en, como bien has señalado, el festival más antiguo de España en la industria de la ciencia ficción, la fantasía y el terror, que es el HispaCon. Os deseamos los mayores éxitos y una muy larga vida, de como mínimo treinta años más. Muchas gracias, Blanca, por acompañarnos.

Muchas gracias a vosotros por invitarme.





PRÓXIMA ENTREGA

¿Te gustaría unir tu voz a este proyecto?
¡Te esperamos!

Máhdanos tu propuesta al correo electrónico
o contacta con nosotros por redes sociales.

Estamos deseando descubrirte.



¡HAZ CLIC EN LOS ICONOS PARA SEGUIRNOS EN REDES SOCIALES!